

BOLSABROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la llamada de Siva

Joe mogar



—Están ocurriendo cosas fuera de lugar en Shoshone —dijo, apenas sentarse en el sillón que yo le indiqué con un gesto.

Me sorprendió su visita.

No era la clase de persona a la que yo estaba acostumbrado a recibir en mi despacho de la calle Fremont, Las Vegas.

La muchacha era de color; posiblemente oriunda del Sur de los Estados Unidos o de América del Sur; del Perú acaso.



Joe Mogar

La llamada de Siva

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1305

ePub r1.1

Lds 25.07.18

Título original: *La llamada de Siva*

Joe Mogar, 1975

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

(Phil Dugan, día 17, a las
12 h.
45 minutos).

—Están ocurriendo cosas fuera de lugar en Shoshone —dijo, apenas sentarse en el sillón que yo le indiqué con un gesto.

Me sorprendió su visita.

No era la clase de persona a la que yo estaba acostumbrado a recibir en mi despacho de la calle Fremont, Las Vegas.

La muchacha era de color; posiblemente oriunda del Sur de los Estados Unidos o de América del Sur; del Perú acaso.

Me encontraba sentado en mi despacho, tras la mesa, leyendo una revista cuando entró sin anunciarse, sin llamar, y apenas fijé mis ojos en ella me levanté por deferencia.

—Míster Dugan, ¿verdad?

—Sí, así es —dije, y cómo he dicho, le indiqué con un gesto que se sentara en el sillón, cosa que hizo.

Formuló luego aquellas palabras, sin preámbulo alguno.

La miré ahora.

Tenía miedo; se reflejaba en lo más profundo de sus negras pupilas, y adiviné algo más, que estaba tratando de ocultarlo por todos los medios a su alcance, consiguiéndolo a duras penas.

—Eso está a más de doscientas millas de aquí, en el Estado de California —fue lo que respondí—. No tengo licencia para ejercer allí.

No se alteró por aquello; sencillamente sonrió una vez más, y preguntó:

—¿Tiene un cigarrillo?

—Sí, claro —me puse en pie introduciendo de paso la mano en el bolsillo del pantalón; ya con el paquete en la mano rodeé la mesa tras la cual me hallaba sentado y se lo di; le prendió fuego y añadí —: ¿Qué clase de cosas, *miss*...?

—Perdone, míster Dugan —me interrumpió—: Me llamo Ambar Dawson, y le necesito a usted.

—Por esa clase de cosas que ocurren...

—Exactamente —volvió a interrumpirme; exhaló una nueva nube de humo azul hacia el techo, veló un tanto sus ojos con las tupidas pestañas y prosiguió—: Días pasados ocurrió una muerte, un asesinato, que no me gustó.

—Ningún asesinato gusta a nadie —repliqué, esperando a que se decidiera a terminar con su explicación.

—Éste es diferente —dijo.

—No hay un solo asesinato que se parezca a otro; es decir, se parecen sí, cuando se trata de un maníaco homicida, que mata por el simple hecho de matar. Sólo entonces los crímenes suelen tener un común denominador.

—Éste no, míster Dugan; éste es diferente como ya le he dicho. Diferente a todos.

—Le agradeceré, *miss* Dawson —respondí—, que se explique con toda claridad, o de otro modo no podré darle un consejo.

—No vine a Las Vegas buscando un consejo, sino ayuda. Voy a pagarle diez mil dólares sólo para que me acompañe a Shoshone. Allí, nadie va a pedirle la licencia a usted. Nadie va a tratar tampoco de intervenir en su trabajo, si no es el propio asesino... o los asesinos.

—¿En qué consiste, pues, la diferencia entre...?

—Eso no se lo puedo decir; no ahora. No me creería y quizá... quizá me tomara por una paranoica o poco menos.

—¿Tan distinto y tan extraño es ese crimen para...?

Una vez más, otra más, *miss* Dawson me interrumpió.

—Es un asesinato... Bueno, míster Dugan, ¿qué pensaría de si le dijera que la forma en que mataron a ese hombre en Shoshone data o tiene una antigüedad de unos siglos? Fue en mil seiscientos y pico cuando se empleó ese modo de asesinar si la historia o la leyenda no miente.

Me puse en pie.

—¿Se está burlando de mí? —pregunté.

No se movió Ambar del sillón; sencillamente se limitó a abrir el bolso de cuyo interior sacó un arrugado fajo de billetes; separó cinco de a mil dólares y con aquéllos entre los dedos respondió:

—Si en verdad cree que se trata de una burla o de una broma, tome esos dólares y acompáñeme hasta allí.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo —consultó su reloj de pulsera—. Llegaremos mañana al mediodía, contando el tiempo que perderemos en el camino para tomar un bocado hoy mismo, y más tarde para cenar. Tendré que conducir toda la noche.

—En eso puedo ayudarla a usted.

—Sí, gracias. ¿Se decide entonces?

—Por el momento sí —fue lo que respondí.

—¿Quiere decir con eso qué...?

—Que me reservo el derecho, una vez estando allí, de volver tras mis pasos si el asunto no me interesa. Y ahora, *miss* Dawson, dígame cómo mataron a ese hombre.

—Prefiero esperar a que se encuentre en Shoshone. Ésa es otra de las condiciones que debe cumplir usted para ganarse esos diez mil dólares.

—¿Qué era ese hombre para usted?

—Nada, míster Dugan, absolutamente nada. Apenas; si le conocía.

—¿Qué opina la policía del crimen? Me refiero a la policía local.

—Sé a lo que se refiere, y mi respuesta es que no lo sé. No me puse en contacto con ellos. Me hubieran tomado por loca.

—¿Por qué no buscó un detective privado allí mismo, o en la ciudad?

—Para mí es mucho más fácil venir a este Estado, lo que presumo le resultará extraño a usted, pero es así. No deseaba adentrarme en territorio de California, donde posiblemente se me conozca un tanto, o si no a mí en particular... Bueno, míster Dugan, eso también forma parte de la historia —añadió luego de su ligera explicación, y mientras yo terminaba de colocarme la americana—. ¿Nos vamos?

—Es casi la hora de la comida —dijo.

—¿Y qué propone usted?

—Hay un pequeño restaurante en esta misma calle, donde suelo comer algunas veces. Si acepta mi invitación...

—De acuerdo —me sonrió—. Pero perdone si no soy muy buena conversadora.

No respondí, hice un gesto para que ella saliera antes que yo, dejé conectado el contestador automático del teléfono antes de abandonar el despacho, y la precedí hasta el ascensor.

Descendimos hasta la planta baja en silencio, y del mismo modo subimos a su coche, ella frente al volante, para abandonarlo un par de minutos más tarde frente a la puerta del restaurante que le indiqué.

Descendimos y la conduje luego, siempre guiándola sin tocarla, sin rozarla siquiera, hasta una apartada mesa desde la cual se veía la calle, pues estaba colocada junto a una de las ventanas.

No hablamos tampoco hasta que una de las meseras se acercó a nosotros.

—Buenos días, míster Dugan —me saludó—. ¿La comida para dos?

Dije que sí, nos dejó solos, y entonces pregunté:

—Dígame la verdad, *miss* Dawson, ese hombre, el que mataron, ¿le conocía usted?

—Ya le dije que no, que no significaba tampoco nada para mí. Además, él es blanco.

—No importa mucho el color de una piel en un caso dado.

—¿Quiere decir que para usted en particular no existe diferencia alguna?

—No —y no mentía en afirmarlo—. No soy racista, *miss* Dawson.

—No olvide esas palabras.

—¿Por qué?

—Por si acaso en alguna ocasión o algún día, tengo que recordárselas a usted.

Nos traían ya la comida por lo que no contesté.

Me estaba mirando atentamente cuando desvié los ojos de la ventana tras la cual observaba la calle, casi sin verla, sumido en mis propios pensamientos, y preguntó entonces:

—¿Puedo saber en qué está pensando?

—Sí, ¿por qué no? Estoy pensando en usted y en todo lo que me

ha dicho.

—Y posiblemente ha llegado a la conclusión de que en concreto no le dije nada; y quizá también, se esté preguntando qué hace aquí conmigo, con una completa desconocida, con una mujer de color, quizá un tanto exótica, quizá un tanto... diferente, si cree que podemos emplear esa palabra. En definitiva, con una mujer que tiene miedo y que trata por todos los medios de ocultarlo.

—¿Qué truco ha gastado para adivinarme el pensamiento, *miss Dawson*? —inquirí—. ¿Vudú?

—¡Oh! Podría muy bien emplear uno de esos trucos, usar esa clase de trucos, usar esa clase de magia, pero me temo que para usted no serviría. Por otra parte no nací en los Estados Unidos, sino en el Perú. Y no, no hay vudú; un simple razonamiento nada más. Me limité pues a ponerme en su lugar.

—¿Así de sencillo?

—Sí, así de sencillo. ¿Nos vamos?

Llamé a la mesera con un gesto, aboné la comida de los dos y de nuevo, siempre ella delante de mí, alcanzamos la calle y el coche.

Subió, como la vez anterior frente al volante, y al hacerlo a mi vez, en el asiento contiguo, junto a ella, pregunté:

—¿Suyo?

—¿El coche? Sí, claro. ¿Por qué?

—Olvédelo —dije—. Fue una pregunta estúpida.

No respondió, dio ella el encendido, embragó, y lo alejó suavemente del bordillo de la acera buscando luego a buena velocidad la salida de Las Vegas, rectamente hacia el puesto fronterizo distante de allí unas cien millas.

Miraba frecuentemente atrás, una y otra vez, y con más frecuencia aún cuando alcanzamos la carretera.

—¿Tiene miedo a que nos sigan? —inquirí entonces.

—No lo sé —fue su respuesta—, pero podía ser posible.

—¿Por qué?

—Son muchas preguntas para contestarlas de una vez, *míster Dugan*. Yo prefiero mantenerme en silencio hasta que lleguemos.

—¿No puede decirme tampoco de qué tiene miedo? Usted misma confiesa que está asustada. ¿De qué?

—De algo horrible —sus hombros redondos y morenos se estremecieron violentamente—. De algo increíble también, pero que

existe en Shoshone, que está allí, que me aterroriza y sin pecar de exagerada ni de mentirosa, está aterrorizando a la mayor parte de la población, incluyendo quizá a la misma policía.

—¿Por qué no se explica con mayor claridad, *miss* Dawson? ¿No cree que...?

—No me atosigue, por favor. Llevo días tratando de coordinar mis pensamientos y no puedo, no con la claridad que preciso. Por otra parte he dado vueltas y más vueltas por Las Vegas; incluso he jugado en alguna de sus salas, sin atreverme a dar el paso decisivo para contratar a una detective privado hasta que... que me decidí y aun ahora... ahora...

—Se ha arrepentido, ¿verdad?

—No, no es eso. Lo hecho, hecho está, pero... pero me temo que voy a meterle a usted en algo muy horrible, si es que tan pronto como lo sepa no da media vuelta y regresa a su despacho.

—Con ésta son dos las veces que pronuncia esa palabra, *miss*...

Me interrumpió con un gesto y callé.

Tampoco dijo Ambar nada; continuó conduciendo magistralmente. Sobre nuestras cabezas el sol empezaba a inclinarse en el horizonte, y pensó que pronto aparecerían las primeras estrellas, y con la noche tal vez una incógnita más.

CAPÍTULO II

(Phil Dugan, día 17, a las 24 horas).

Tras la salida de una cerrada curva, vi el motel, instalado a la orilla derecha de la carretera.

—El control fronterizo está una milla más allá —habló ahora *miss Dawson*, tras el largo silencio que nos había envuelto hasta llegar allí.

—¿Vamos a detenernos? —pregunté, como respuesta a sus palabras.

—Estoy cansada, *míster Dugan* —replicó ella—. Por otra parte podemos aprovechar la pausa para cenar.

Unos instantes más tarde, *Ambar* detenía el coche frente a la entrada principal del motel.

Abrí la portezuela para que descendiera y ya andando hacia la entrada, dije:

—Si quiere, luego de la cena, puedo conducir yo en tanto usted descansa un poco.

—Sí, creo que será lo mejor... luego.

Entramos.

El *hall* al frente, en uno de los ángulos el *comptoir*, una puerta encristalada a la izquierda que daba acceso al bar, y al verlo, pregunté:

—¿Quiere tomar antes una copa, *miss Dawson*?

Me dedicó una sonrisa ladeando la bella y morena cabeza para mirarme.

—Sí, creo que sí —dijo—. ¿Vamos?

Entramos allí y nos encaramamos hacia la barra del mostrador.

—¿Qué va a tomar? —pregunté.

—*Whisky*.

Pedí pues al barman un *whisky* para ella y un Manhattan para mí, y tan pronto como aquél se apartó de nuestro lado luego de servirnoslo, noté cómo me miraba:

—¿Se ha decidido ya a contármelo todo, *miss Dawson*?

—Prefiero cenar tranquila, si me lo permite. Luego, camino ya de Shoshone, se lo explicaré todo. Así tendrá tiempo de meditar si debe volver a Las Vegas o no.

Bebí a mi vez, encendí luego dos cigarrillos y le di uno.

Fumó Ambar, también en silencio, hasta terminar con la bebida, y aplastando el cigarrillo con el plato saltó del taburete al suelo e indago:

—¿Cenamos ya?

Asentí con un mudo gesto, lo que dio motivo para que ambos entráramos en el comedor del motel, donde me precedió hasta una de las más apartadas mesas desde donde se podía ver toda la entrada al establecimiento, y también la encristalada puerta del bar.

Junto a la mesa tomé una silla, la aparté un poco para que se sentara, empezó a hacerlo, sonriéndome, y nuestros rostros quedaron muy juntos; un poco de su negro cabello rozó mi mejilla, y se inmovilizó de repente, dándome la impresión de que *miss Dawson* había detenido el tiempo a mí alrededor.

Dándome asimismo la sensación de que repentinamente lo puso también ella en marcha cuando entreabrió los labios y se inclinó un tanto hacia mí.

No decía nada, pero me estaba pidiendo que la besara, por lo que inclinándome a mi vez lo hice suavemente, caricia a la que correspondió en igual medida.

Nos sentamos después, sin pronunciar palabra, hasta que vinieron a servirnos. Y empezamos la conversación, sin mencionar para nada el beso, con una nueva pregunta que formulé yo; una nueva pregunta que era en realidad una repetición de una mencionada ya, y cuya respuesta quedó en el aire:

—Dígame, *miss Dawson* —inquirí—; ¿de qué tienes miedo?

—De morir.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque si bien no conocía al hombre que asesinaron en

Shoshone, éste sí conocía al hombre que a mi vez conozco yo.

—Eso merece una explicación, toda una explicación, diría yo. ¿Quién es ese hombre?

—¿El que yo conozco? Se llama Don Murray y es coleccionista de antigüedades. Un aficionado, pero tiene piezas que son verdaderas obras de arte, verdaderas representaciones de la antigüedad.

—¿Y eso qué tiene que ver con el asesinato?

—Nada y todo —repuso ella evasiva—. El compró una pieza que jamás debió comprar. El hombre que se la vendió murió asesinado, y ahora... ahora temo que míster Murray muera también.

—¿Qué significa él para usted?

—Usted, míster Dugan, tiene complejos respecto a los hombres que yo conozca o puedan conocerme a mí. ¿Por qué?

—No son complejos —repliqué algo amoscado—. Es una pregunta que debo hacerle, y nada más. ¿Qué es Murray para usted?

—Un buen amigo, sin que hayamos llegado a la intimidad, si es ése el verdadero sentido que ha querido dar a su pregunta.

—¿Nada más? —inquirí.

—No, nada más respecto a míster Murray, y respecto a otro hombre cualquiera.

El silencio se extendió largamente; hasta finalizada la cena. Entonces, rehusando Ambar el cigarrillo que le ofrecía, se puso en pie y la imité.

—¿Nos vamos ya? —inquirí.

—Creo que por esta noche, si no le sabe mal, podemos dormir aquí. Es decir, si hay habitaciones desocupadas.

—Vaya usted misma a verlo. Entretanto abonaré la cena y luego...

—¡No! —Fue casi un grito ahogado—. No voy a apartarme de usted ni una yarda hasta que nos encontremos en Shoshone.

—En ese caso iremos juntos.

Lo hicimos así.

Diez minutos más tarde nos encontrábamos en el interior del motel, en el tercer piso, solos en el pasillo, buscando las habitaciones que nos correspondían.

Eran contiguas; me adelanté un paso ante la mirada curiosa de

Ambar y abrí la correspondiente a la suya. Desde allí, desde el umbral, la examiné y me volví luego a mirarla.

—Buenas noches, *miss Dawson* —dije—. ¿A qué hora quiere que la llame?

—No después de las siete —repuso ella—, si antes no le llamo yo a usted.

—Que descanse.

Me aparté de la puerta para dejarla pasar, lo hizo, y con una nueva sonrisa cerró la puerta.

Entré en la mía pensando que a veces un beso entre hombre y mujer no significa absolutamente nada; no deja huella, por lo menos en *miss Dawson* no la había dejado.

Examiné asimismo mi habitación.

Una mesita de noche, el teléfono interior sobre aquella mesita, tina gran ventana que posiblemente daba a un balcón corrido, dos silloncitos, una pequeña y artística repisa adosada a una de las paredes, casi formando rinconera, y nada más, excepto la cama; amplia, cómoda, de sábanas blancas y mullido colchón.

Me senté allí; eso fue lo primero que hice, y luego, de modo automático, apagué la lamparita sumiendo el dormitorio en la más completa oscuridad, salvo por una cosa: la claridad que me venía del exterior, de los anuncios luminosos colocados en la fachada del motel, y de la luz de la luna llena que ahora brillaba en el firmamento con esplendor.

Encendí un cigarrillo sirviéndome de aquella claridad.

El silencio era perfecto, absoluto, cuando me dirigí hacia la ventana que abrí a continuación.

Salí al balcón; era corrido como sospechaba por lo que mirando la luz encendida de la habitación que ocupaba *miss Dawson*, diciéndome que ella tampoco podía dormir aquella noche, me acerqué a la barandilla, me apoyé de codos y miré la carretera por donde había venido; los coches que de vez en cuando circulaban en ambos sentidos, cuando repentinamente oí el grito, que me puso el vello de punta.

Un grito largo, prolongado, como un lamento venido de cualquiera sabía dónde; un lamento al parecer angustioso, pero que no lo era sin embargo; un lamento que barrió todo otro sonido, incluso el ruido de los motores de los coches que circulaban por la

cercana carretera. Un grito prolongado, largo, muy largo, que parecía también venir de todas partes al mismo tiempo que de ninguna en particular.

Un grito que significaba la muerte.

También en la otra habitación gritó *miss Dawson*, pero su grito difería bastante en un tono del que yo había oído un quinto de segundo antes, por lo que sin dudarlo dejé caer el cigarrillo y corrí hacia la ventana que daba acceso al interior de su dormitorio.

No vacilé ni un segundo; ambos gritos no se oían ya, por lo que levente el pie, destrocó el cristal con el zapato y descorrí luego la falleba pasando la mano por el hueco.

Entré llevando la automática en la mano, y me detuve en seco durante irnos segundos, tan horrorizado como sorprendido por el espectáculo que había ahora frente a mis ojos.

Miss Dawson se encontraba caída en el suelo, con una de sus piernas, doblada casi en extraña postura, las manos agarrotadas en la garganta donde había enrollada una cuerda.

Me incliné sobre ella y luché por quitársela, cosa que conseguí transpirando ya, y cuando asimismo alguien estaba golpeando la puerta de la habitación.

La tomé luego entre mis brazos y la deposité blandamente sobre la cama. Hecho esto me acerqué a la puerta y sin formular pregunta alguna la abrí, después ele haber escondido la cuerda en el bolsillo de mis pantalones; viendo frente a mí algunos rostros asustados.

Encaré al encargado del motel, y dije antes de que pudiese formularme pregunta alguna:

—*Miss Dawson* ha tenido una pesadilla y posteriormente un desmayo. Me encontraba en el balcón fumando un cigarrillo cuando la oí gritar, por lo que entré por esa ventana —la señalé, viendo de paso cómo *Ambar* empezaba a moverse—. Como ve, no ha pasado nada. Ahora bien, si lo desea, puede avisar a la policía, pero correrá un tremendo ridículo si lo hace.

Era verdad lo que le decía en aquel momento; *miss Ambar Dawson*, peruana estaba abriendo los ojos.

—Buenas noches —añadí—, y perdonen, pero *miss Dawson* está muy cansada.

Cerré sin darle tiempo a que me respondiera y me volví a mirarla. Al hacerlo, al verla, sentí piedad por ella, y una sorda

cólera contra el que intentó su asesinato.

Tenía las manos crispadas en torno a su garganta y los ojos fuera de las órbitas casi, y miraba a su alrededor con aire de loca, más que de otra cosa hasta que de un modo repentino los fijó en los míos.

Vi el impacto de sus senos contra la tela de la blusa, su ahogado suspiro y cómo temblando se ponía en pie y luego, sin una sola exclamación, se precipitó en mis brazos escondiendo la morena cabeza en mi hombro.

Acaricié su pelo toscamente.

—Vamos, tranquilícese. Ya ha pasado todo. Vamos, ya se terminó.

Convulsa temblaba entre mis brazos, si bien es verdad que su temblor iba decreciendo rápidamente; pero no el terror de sus ojos que pude ver perfectamente tan pronto como separándose me miró.

—¿Dónde está? ¿Le ha matado usted?

—Dónde está, ¿quién? —pregunté a mi vez.

—Ese hombre; el que llevaba esa cuerda; el que trató de estrangularme.

—No pude verle, *miss Dawson*, y lo siento. Tuve demasiado trabajo en evitar que se terminara de estrangular usted misma...

—Sí, claro, debí suponer eso.

—¿Quién era? ¿Le vio usted?

—No su rostro, pero era un emisario de la diosa Kali.

—¿Un estrangulador?

—Un *thug*, *míster Dugan*. Un emisario de la diosa del...

La interrumpí con un gesto.

—Kali, procede de la India, *miss Dawson*.

—Sí, lo sé. Kali de la India y Siva de China, y eso también lo sabe usted. O por lo menos, supongo que lo sabe. Y los *thugs* pertenecen a la diosa Kali y son de procedencia hindú, *míster Dugan*.

El silencio en el pasillo era absoluto; al parecer los curiosos, acompañados del encargado nocturno del motel, se habían retirado.

—La diosa Kali es Siva, y Siva es la diosa Kali, *miss Dawson*; en eso lleva razón, pero dudo que sea un hindú el que trató de hacer eso con usted.

—¿Por qué, si Kali procede de la India? Y sé positivamente que

fue uno de sus sicarios, uno de los miembros de esa secta, el que trató ahora de matarme a mí, como también mató en Shoshone no hace mucho.

No pestañeó Ambar cuando respondí:

—Me inclino más a creer en lo contrario; en Siva, y le diré por qué: Podríamos definir a Kali como sigue, ¿no? Kali; Sakti de Siva, generalmente se la representa con rasgos guerreros y destructivos, hermana de Rudra y matadora de los asuras, me sigue, ¿verdad? Pues si es así, *miss* Dawson, prosigo: Su culto, de origen precario, abarca desde los sacrificios humanos y orgiásticos, hasta la pura mística bhakti de Rámakrisna (m. 1886). Única gran sakti hindú, todas las demás son aspecto de Durga-kali, paralelos al poliformismo de Siva, o se asimilan a ella. ¿Me entiende, *miss* Dawson? —Y proseguí con mi explicación en vista de que no decía nada ella—: Se las puede definir como Diosas Madres, locales; así, con mayúsculas, o nacieron a imitación suya. Representa asimismo la fuerza creadora de Siva, señor absoluto a quien se remontan la vida y la muerte, lo mejor y lo peor, la destrucción y la expiación con igual derecho y plenitud sacros. Bajo su aspecto sanguinario esconde una de las fuentes panhindúes de esperanzada resignación. A Siva también se la representa generalmente como una mujer negra con cuatro manos que suele llevar una cabeza humana en cada mano; las palmas de ésta son de color rojo; en el cuello, como adorno, lleva un collar compuesto por cráneos, y en la cintura una serpiente. Su cara, *miss* Dawson, así como sus pechos, están manchados de sangre^[1].

Callé; su temblor había desaparecido, pero en sus ojos no la expresión de miedo que se mezclaba ahora con otra de sorpresa, de incredulidad casi.

—Es... es Kali —dijo—, yo la he visto con mis propios ojos.

—O Siva, como le he dicho ya, si nos remontamos a épocas pasadas, a épocas de los *thugs*.

—Usted... usted no cree en eso a pesar... a pesar de lo que acaba de ver, ¿verdad?

—No es bueno creer en leyendas, querida —respondí—, sobre todo en plena Era Atómica, en plena Era Espacial.

—Usted... me sorprende —me respondió—, y por lo que veo, he tenido mucha más suerte de la que esperaba.

—¿Sí...? —inquirí—. ¿Puedo saber por qué?

—Es usted un experto.

—Nada de eso —contradije—, soy un simple curioso, que de vez en cuando le gusta leer, o consultar las Bibliotecas públicas.

—En Shoshone hay una, pero jamás se me hubiese ocurrido consultarla, y mucho más, después de lo ocurrido —se pasó la mano por el delicado cuello, se estremeció, y vi de nuevo el miedo en sus ojos—. Ni creo que lo haya hecho la policía.

CAPÍTULO III

(Phil Dugan, día 17, a las
0 horas 50
minutos).

Miré a mí alrededor y respondí luego de unos segundos de silencio:

—Creo, *miss Dawson* —dije—, que es mucho mejor que se acueste y trate de descansar.

Desorbitó los ojos y en ellos se reflejó todo el horror que debió experimentar cuando la cuerda del *thug*, si es que su atacante lo fue, o lo era, se ciñó a su garganta.

—¡No! —Fue casi la repetición exacta de su grito anterior—. ¡No voy a quedarme aquí sola toda la noche! No, ni mucho menos — miró a su alrededor, tomó luego su pequeño saco de viaje y repitió —: No, no voy a quedarme sola durante toda la noche. ¡Sáqueme de aquí, míster Dugan!

Temblaba de nuevo cuando ahora la tomé del brazo y le empujé hacia el pasillo.

Salimos.

—Puede optar por dos cosas, *miss Dawson* —dije deteniéndome ahora, notando cómo me miraba un tanto curiosa—; la primera es tomar el coche y continuar hasta Shoshone, o pasar ahora a mi habitación. Usted escoge el camino.

—Estoy cansada... Estoy asustada, horrorizada también... y no tengo muchas ganas de pasar una noche al volante, aunque sea usted el que conduzca.

No respondí, llevándola del mismo modo, del brazo, empujé la puerta de acceso a mi dormitorio y abrí.

—Espere un momento —indiqué.

Entré delante y me volví luego de darme cuenta de que allí no había nadie.

—Pase —añadí—, por lo visto, todo está igual que lo dejé.

Cerró la puerta con llave, pasó el cerrojo interior y miró a nuestro alrededor, fijando luego sus grandes y expresivos ojos en los míos.

—Puede acostarse ahí, si quiere —dije señalando el lecho.

—¿Y usted?

—En ese sillón. Una noche se pasa en cualquier parte.

—No... no tiene necesidad de usar el sillón, Phil —dijo.

Entonces la tomé en mis brazos.

* * *

Encendimos un par de cigarrillos mucho más tarde. Fuera por lo que fuese, ninguno de los dos podíamos dormir.

Tendida boca arriba, tenía Ambar los ojos fijos en el techo, y en su mano derecha humeaba el cigarrillo. Fue entonces cuando pregunté:

—¿Qué hará cuando termine esto, Ambar?

—Posiblemente me case, pero no es seguro.

—¿Con míster Murray?

—Míster Don Murray tiene tanta edad como para ser mi padre —y noté cómo— su rostro se nublaba. —No, no es con él, aunque mi prometido es también blanco.

—¿No tiene usted padre, Ambar?

—Murió. Le... le asesinaron, Phil. Fue... el hombre que trajo de la India la representación divina de la diosa Kali. Una estatuilla de la diosa en oro macizo. Durante unas noches mi padre y míster Murray discutieron sobre la diosa y por fin mi padre la vendió a su amigo. Luego... Bueno, ya sabe lo que ocurrió. Le asesinaron, y por eso vine yo aquí; por eso hubiera ido a buscar a cualquiera y a cualquier parte, pagando por el asesino de mi padre lo que me hubieran pedido.

—Lo que quiere decir...

Ladeó la bella cabeza para mirarme.

—¿A qué se refiere, Phil? —preguntó—. ¿A nosotros dos?

—Sí, claro.

—Mi piel es oscura, negra si quiere, Phil.

—No me he fijado ahora mucho en eso.

Sus ojos chispearon, pero a pesar del hecho, no podía apartar el miedo a lo desconocido que reflejaban sus pupilas, desde el rincón más oculto de ellas.

—Sí, lo sé. Pero sólo ocurre durante muy poco tiempo. Unas horas, una noche, tal vez una semana, pero surge luego la diferencia, el temor, el racismo, y hombre y mujer se separan. Comprenden entonces que lo ocurrido carece de importancia, que fue fruto de una circunstancia cualquiera y cada uno de ellos toma un camino diferente, distinto, y sólo queda luego un extraño mal sabor de boca.

—¿Cree usted, Ambar, que ése es nuestro caso?

Se ladeó para mirarme fijamente.

—Lo que creamos en este momento, Phil, poco o nada importa. Sólo nosotros dos; nosotros solos.

Fue entonces cuando se me ocurrió la pregunta y la formulé:

—Dígame, Ambar, ¿ha visto usted chinos o hindúes últimamente en Shoshone?

—¿Hindúes...? No, por lo menos que yo recuerde. En Cuanto a chinos, hay una pequeña comunidad a la salida de la población; cosa de un par de centenares de yardas más allá de las últimas casas. Sentaron allí sus reales, quizá desde los tiempos de la conquista del Oeste.

—¿Cree...?

—Por favor, Phil, ¿no puede pensar un poco más en mí, olvidar todo ese horror aunque sea por unas horas?

Estaba en mis brazos ya, y no tuve nada que objetar.

Tomamos el desayuno a la mañana siguiente en la cafetería del motel y continuamos a poco el camino hacia Shoshone.

En el puesto de control que delimitaba los dos Estados nos detuvieron para pedimos los papeles y dándonos la bienvenida nos dejaron pasar. Mediaba el día cuando dimos vista a la pequeña ciudad, casi dividida en dos por la ancha cinta de la carretera.

Pregunté entonces:

—¿Dónde debo hospedarme, Ambar?

Sus morenos hombros se estremecieron, como si mi sencilla

pregunta la hubiese sacado violentamente de sus pensamientos.

—Hay un motel a la salida, entre la comunidad china que le mencioné a usted anteriormente, Phil —respondió.

—¿Dónde nos veremos si averiguo algo de lo que pasó en realidad?

—Lo que pasó en realidad ya se lo dije a usted. Siva o Kali desean regresar al lugar al que pertenecen. Profanaron su santuario o su templo, y la diosa pide ahora venganza contra aquellos que lo hicieron.

No sonreía, no traté tampoco de contradecirla; me limité, pues, a responder:

—Eso no me dice dónde podré verla a usted, Ambar, si la necesito.

Estábamos llegando a un surtidor de gasolina, ya en plena calle principal, según juzgué, cuando me dio la respuesta:

—Tengo mi casa no lejos de aquí, Phil, pero no vaya a verme allí, a menos que sea absolutamente necesario Yo... yo me pondré en contacto con usted quizá esta misma noche.

Se imponía una pregunta antes de separarnos y la formulé, dándome cuenta al mismo tiempo de que una especie de barrera se había interpuesto entre los dos.

Era ella la que llevaba razón; nuestras razas eran distintas, diferentes, lo ocurrido entre los dos en el motel, no tenía la mayor importancia según ella. Además estaba en vías de contraer matrimonio con un hombre blanco, según también me dijo.

Estuve a punto de encogerme de hombros pero no lo hice.

—Dígame, Ambar, ¿dónde vive míster Murray?

Contestó, produciéndome la extraña impresión ahora de que la que me contestaba era una simple autómatas un robot.

—Busque el Blue Bar. Verá el letrero luminoso desde gran distancia, si es por la noche. Ése es su domicilio particular, pero míster Murray pasa la mayor parte de su tiempo en su casa de la colina.

—¿Dónde está eso? —quise saber.

—A dos millas escasas, siguiendo esta misma carretera. O sea, primero atravesará esa comunidad china y luego, más adelante, cosa de milla y media, encontrará un desvío a la izquierda. Tómelo. Éste se interna entre árboles y vegetación, subiendo siempre, hasta

la cima de una colina. Pero no verá la casa hasta que se encuentre materialmente encima, pues la vegetación la oculta casi del todo.

—¿Es allí donde...?

—Sí —me interrumpió Ambar—. En el piso alto, en una gran sala, dentro de una encristalada vitrina. Es... repugnante a mi juicio, pero fascina. Me fascina lo que se puede leer en su rostro. Como vi, las personas de color no debemos ser muy buenas, Phil —añadió medio en serio medio en broma—. La diosa Siva de los *thugs*, es también negra. Ojalá hubiera nacido en las plantaciones del sur de este país.

—¿Para emplear el vudú?

—Por cierto que sí. Me gustaría ahora saber qué clase de magia es la más poderosa. El vudú, o la correspondiente a la diosa Siva —hizo una pausa y continuó—: Horripila esa serpiente que lleva a la cintura.

No dije nada.

Estaba deteniendo el coche Ambar, y ladeé el rostro para mirar por la ventanilla.

«California Hotel», fue lo primero que leí en un gran letrero, frente a mis ojos, colgado en uno de los balcones del primer piso. Abajo, en la acera, la puerta giratoria y el impassible y uniformado portero.

—Páseme la nota de gastos si excede en mucho... Quiero decir si tiene que permanecer en Shoshone algunos días más de los que usted o yo podamos calcular, Phil.

Abrí la portezuela, pero sólo un poco, y me volví a mirarla. Su rostro inmóvil, pero mucho más hermoso que la diosa Siva, tenía no obstante la misma impassibilidad que la diosa, cuando me miró.

—No, Phil —dijo, adivinándome el pensamiento—. Ahora no, aquí no. Ya no es necesario.

Terminé de abrir la portezuela y descendí del «Jaguar» de una hermosa mujer de color, que no obstante iba a contraer matrimonio con un hombre blanco, y lo hice sin besarla.

La barrera en la que pensara antes existía en realidad; no fue en modo alguno fruto de mi imaginación.

Entré en el hotel y pedí una habitación con vistas a la calle. Había una disponible, y mientras en el libro registro estampaba mi nombre, pero no mi profesión, me dije que se imponía por mi parte

hacerle una visita a Don Murray, y quizá luego, otra a la policía local, pero no antes de la noche, por lo que sin más subí al segundo piso, abrí la puerta y me dejé caer en la cama completamente vestido.

Me levanté a las siete y treinta minutos de la tarde, descendí a la planta baja, de allí pasé al comedor donde cené frugalmente, tomé nota del lugar en el que podía alquilar un coche, y fui allí más tarde.

CAPÍTULO IV

(Ambar Dawson, día 18, a las 23'40 horas).

Confieso que estaba pensando en Phil Dugan al detener el «Jaguar» frente a la puerta de la mansión del viejo míster Murray, el amigo íntimo de mi padre.

Confieso también que estaba aterrorizada, cuando descendí del coche y pulsé el botón del zumbador que había empotrado en la pared, junto a la verja de hierro que me cerraba el paso.

Era verdad, tenía, miedo, ahora ya lo tendría siempre.

Miré por tanto a mí alrededor, las piernas me temblaban y estaba a punto de que mis dientes empezaran a entrechocar entre sí, cuando oí la voz de míster Murray a través del pequeño altavoz que había junto al botón del timbre.

—¿Quién es?

No pude evitar un suspiro de alivio al oírle, y antes de contestar.

—Soy yo, míster Murray —dije—. Ambar.

Oí su exclamación y luego el ruido que hacía el dispositivo eléctrico de la puerta y la empujé entonces abriéndola sólo lo suficiente para que pudiera entrar el coche.

Regresé luego al volante, y tres minutos más tarde me encontraba frente a la entrada principal de la finca, cuyo porche parecía sostenido por seis columnas de mármol de colores.

Las luces del porche estaban encendidas y alguna del interior de la casona; incluso las de *hall*, pero aun así, tuve miedo; verdadero terror, y temblando una vez más, subí los tres escalones luego de lanzar una mirada a mi alrededor, a los setos que me rodeaban, a los árboles que rodeaban asimismo la finca.

La puerta estaba abriéndose, y al instante le vi en el umbral.

—Hola, Ambar —saludó apenas verme, dedicándome una sonrisa—. Pasa. Estás en tú casa, y eso en verdad que no debo decírtelo yo.

Crucé el umbral, le ofrecí la mejilla y me besó estrechándome en sus brazos como hacía siempre que me veía y desde que era una niña.

—Estás temblando —añadió, cerrando ya a nuestra espalda, cosa que hizo tan pronto como nos separamos—: Ven conmigo, te prepararé una copa.

Lo hizo.

Pero antes me tomó del brazo y me condujo donde siempre me conducía. A una sala de la planta baja, que le servía asimismo de bar, y de sala de estar.

—Siéntate, Ambar.

Lo hice, y miré una vez más a mí alrededor tan pronto como me dio la espalda para encaminarse al bar.

Oí el tintineo del cristal, crucé una pierna sobre la otra y clavé mis ojos en la puerta abierta por donde habíamos entrado, puerta que daba al *hall*.

Desde el lugar en que me encontraba podía ver el arranque de la escalera de caracol, también de mármol, y un estremecimiento me sacudió de pies a cabeza. La diosa Siva o la diosa Kali, estaba ahora muy cerca de mí, horriblemente cerca.

—Estás asustada, Ambar.

Me sobresaltó su voz.

Murray estaba ahora muy cerca de mí, sonriendo, con un par de altos vasos en la mano; me dio uno y se dejó caer en un sillón, frente a mí; bebió un poco.

—Vas a acabar loca, Ambar, si sigues pensando en esas brujerías, en esas majaderías —me dijo.

También mojé mis labios con la bebida; el recuerdo de Dugan no se apartaba de mi mente ni un segundo; trataba de desecharlo, pero no podía.

Contesté, pues, sin dejar de pensar en él.

—Es horrible esa estatuilla, míster Murray —dije—. ¿Por qué no la devuelve al lugar de su procedencia? Ellos están aquí —pensé en mi cuello, en la fatídica cuerda anudada a mi cuello, y en la

providencial negada de Dugan, de Phil Dugan, y añadí—: Esos estranguladores han venido desde China o la India en busca de su diosa, de Su divinidad; ellos la veneran, la adoran, le ofrecen sacrificios, oran ante ella, y uno de nosotros... es decir —me corregí a mí misma—, uno de vosotros, un blanco, la compra mientras que otro, un hombre de color, la roba de su templo, profanándola. ¿Qué esperaba que ocurriera, míster Murray? Nada, ¿verdad? Ellos han llegado y van a matarle a usted como mataron a mi padre, como posiblemente me matarán a mí, y no habrá fuerza, no sólo en Shoshone, sino en todos los Estados Unidos, capaz de evitarlo, capaz de terminar con esa secta.

—Que hace años ya no existe, Ambar —me contradijo él—. Esa secta desapareció mucho antes que tú nacieras. Eso es...

—Desaparecida o no —retruqué yo—, los *thugs* se encuentran en Shoshone, están aquí —me pasé la mano por el cuello y continué, sin mencionarle para nada lo ocurrido en el motel—, e incluso la policía lo sabe. Y son esos chinos, los de esa comunidad, los que les dan hospitalidad.

—No son ésas mis noticias, Ambar.

—¡Ah!, ¿no?

—No, ni mucho menos. El teniente

O'Brien

ha interrogado a varios de ellos y juran y perjuran por Confucio, por sus honorables antepasados, que nada tienen que ver con esos estranguladores. Y la verdad es... —Noté cómo vacilaba pero no pronuncié una sola palabra, por lo que prosiguió él—: La verdad es que están todos aterrorizados. Chinos y ne... Bueno, chinos y los que no son chinos también.

—Iba a decir negros, ¿no? —Indiqué, sintiendo el diabólico deseo de molestarle.

—Sí, eso iba a decir, Ambar, pero no en el tono que tú has empleado al pronunciar la palabra. No es mi intención ofenderte, muchacha. Ni a ti ni a nadie. En cuanto a esa estatuilla, es una locura...

—¿Devolverla? —le interrumpí—. Pues difiero de esa opinión, míster Murray. No la destruya desde luego, pero hable con el honorable

King-Woo,

y explíquele a él que desea devolverla a su santuario, a su lugar de procedencia y tal vez...

—¡No voy a hacer nada de eso, Ambar, y tú lo sabes! Esa pequeña diosa es la pieza más valiosa de mi colección, y no por su oro, sino por su antigüedad. No, no lo haré. Si alguien está tratando de asustarme te confieso que no lo va a conseguir. Lamento y lamentaré siempre lo ocurrido con tu padre, pero si bien fue asesinado con una cuerda, llena de nudos, estoy por asegurarte que no fue un *thug* quien lo hizo. Pensar en eso, sólo el pensarlo, es un producto de una mente desquiciada o en su defecto de una mente inculta.

—Gracias por llamarme loca, míster Murray —respondí con sarcasmo.

Levanté el vaso y bebí casi hasta mediarlo.

Al terminar, él se estaba poniendo en pie.

Le imité y quedamos frente a frente, observándonos en silencio, que rompió también él, con una pregunta que no me sorprendió, ya que la estaba esperando desde el mismo momento en que entré allí.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Ambar?

—Fui al otro lado de la frontera —dije—. Concretamente a Las Vegas.

—¿Qué...? ¿Y qué diablos has ido a hacer allí?

—Deseaba aturdirme un poco, y nada mejor que Las Vegas para conseguirlo, pero sentía allí tanto o más temor que aquí, por lo que decidí regresar —respondí, no deseando decirle aún la verdad.

Hubo una pausa, ligera como el viento entre ambos, que también rompió él:

—¿Vas a quedarte esta noche en la casona, o regresas a tu casa?

Dudé, dudé mucho; no era aquélla la primera vez que me quedaba allí, como en casa propia, y también desde que era una niña, pero me horrorizaba la idea, me producía tanto temor que noté cómo mis labios se quedaban sin sangre, y no obstante respondí, pensando en que quizá Phil Dugan se presentara en la casona aquella misma noche; su recuerdo, el deseo de verle era en mí más poderoso que otro sentimiento cualquiera y preguntándome si estaba enamorada de él, sin saber qué responderme, lo hice:

—Me quedaré. Tomaré, si no le molesta, el mismo dormitorio de siempre.

Se acercó míster Murray a la puerta, sin responder, pero lo hizo tan pronto como se encontró bajo el marco, y mirándome:

—Si quieres puedes subir conmigo. Voy a hacerle una visita a esa diosa que tanto odias. Vamos, no te asustes, estás cambiando de color y eso no es bueno. Las supersticiones, las supercherías, no son buenas para nadie, y tú, Ambar, deberías avergonzarte de creer en esas paparruchas. Tú eres una mujer inteligente; una mujer con estudios superiores. Que lo digan esos palurdos que trabajan en las obras o en el campo, o con el ganado; que lo diga también un chino inculto o un hindú, con idéntica cultura que el chino, tiene un pase, ¡pero tu...!

Sólo tuve tiempo de responder antes de que me diera definitivamente la espalda y empezara a andar hacia la escalera de caracol.

—Devuelva esa estatuilla, míster Murray, o la venganza de Siva caerá sobre su cabeza, sobre la mía, y sobre la de todos los que han interve...

Noté que ya no me escuchaba y callé estremecida; apuré luego el *whisky* de un sorbo y me levanté para ir al bar donde me preparé otro. Con el vaso en la mano regresé al sillón, tomé asiento, bebí otro y cerré los ojos.

El silencio era absoluto.

Allí, en la cima de aquella colina no se oía nada, no llegaba ni siquiera el más leve rumor de la pequeña ciudad que era Shoshone, así como tampoco el ruido del motor de un coche o el sonido de un claxon por muy cerca de allí que pasara el automóvil.

—No, nada se oía.

Miré a mí alrededor, de nuevo con el vaso en la mano.

Me estaba poniendo nerviosa; sentía el deseo, el impulso incontrolable de marcharme, pero al mismo tiempo una fuerza poderosa parecía retenerme en la casa, como en espera de algo, como en espera tal vez de ver nuevamente a Phil Dugan, un hombre que era tan distinto a mí como...

Bebí otro poco, solté el vaso sobre la mesita que había a mi lado y cerró los ojos recostando la espalda contra el mullido respaldo del sillón.

Nunca supe el tiempo que permanecí allí, con los ojos cerrados, escuchando, sumida en un sinfín de extraños pensamientos, incapaz

de moverme, aterrorizada quizá; sí, tal vez fuera el miedo que sentía en aquel momento el que me impedía moverme, el que me impedía también ponerme en pie y correr hacia mi dormitorio y encerrarme por dentro hasta el día siguiente; sí, quizá fuera el miedo el que asimismo me impedía dar la espalda a todo aquello, y abandonando la casa, luego de correr hacia la puerta de salida, empuñar el volante y conducir a toda velocidad hacia Shoshone, buscar a mi prometido al que aún no había visto, o en su defecto a Phil Dugan, siempre Phil Dugan, hasta que oí el grito.

Fue algo atroz, espeluznante, largo, muy largo. Como un lamento venido de ultratumba, que parecía llenar toda la gran casona unas veces, y otras que procedía de fuera, de entre los árboles que nos rodeaban.

Un lamento... como una llamada, como alguien al que están degollando lentamente, como una angustiada petición de socorro que venía de aquí o de allí, de todas partes al mismo tiempo, o de ninguna, y me puse en pie notando que todo daba vueltas a mi alrededor, que estaba a punto de perder el sentido, de desmayarme.

Un lamento que duró un largo minuto, que fue *in crescendo* de una forma paulatina, crispando mis nervios, llenándome de loco terror; llevé instintivamente las manos a mis oídos mientras que helada la sangre en mis venas me hacía transpirar con sudor frío que empapó mi cuerpo en contados segundos.

Dilaté los ojos al notar que mis piernas se negaban a obedecer mi mandato, que parecían haber echado raíces en el suelo mientras el lamento seguía y seguía... llenándolo todo; llenando mi mente, mi cerebro, destrozando mis oídos, mis nervios, hasta que de un modo repentino fue decreciendo en intensidad para convertirse luego en un sonido más espeluznante aún, semejante a un sollozo agónico.

Luego el silencio me rodeó por completo.

Miré a mí alrededor; era lo único que podía hacer. Me sentía incapaz de moverme, de dar un solo paso; a mi lado, sobre el sofá, estaba el bolso que llevaba haciendo juego con el vestido de noche que me había puesto; un bolso en cuyo interior reposaba una pequeña automática calibre 22.

No sé tampoco cómo ocurrió pero de pronto me vi con ella en la mano derecha y sosteniendo el bolso con la izquierda, acercándome

a la puerta.

A mi espalda, aún sobre la mesita, quedaba la mitad del *whisky* que no había bebido.

Me recosté en el marco, notando la acelerada respiración de mis pulmones y el no menos acelerado movimiento de mis pechos, y miré el *hall*.

Profusamente iluminado, hasta donde alcanzaba la vista, estaba desierto. El mismo aspecto ofrecía la escalera de caracol y el barandal del piso alto que se perdía en el arranque del pasillo.

Di unos pasos abandonando el marco de la puerta; pistola en mano me detuve en el centro del *hall* y le llamé:

—¡Míster Murray! ¡Míster Murray! ¿Está usted ahí?

Nada; sólo el silencio después de aquel horrible grito de socorro.

—¡Míster Murray...!

Nada.

Empecé a temblar de nuevo con los labios secos; el terror me atenazaba pero por otra parte sentía la morbosa necesidad de subir, de alcanzar la sala donde guardaba míster Murray las piezas de su colección, donde se encontraba la diosa Siva de los *thugs*, de los estranguladores *thugs*.

Plisa el bolso en banderola y tiré de la corredera del arma hacia atrás poniendo a continuación una bala en la recámara.

Empecé a andar; vacilaba, me temblaba todo el cuerpo; no quería hacerlo, pero tan pronto miraba al frente, hacia la escalera, como a mí alrededor; también escuchaba, pero el silencio, seguía siendo el mismo.

Pisé el primer escalón, luego otro y otro más, hasta que finalmente alcancé el pasillo del piso alto, sabiendo lo que iba a ver. Lo mismo que viera infinidad de veces. Un largo pasillo, ancho, con *parquet* en el suelo, con tres apliques eléctricos de cinco brazos cada uno, iluminados todos y cinco puertas; dos a cada lado del pasillo y la quinta al fondo, cerrándolo.

Me detuve en el centro.

—¡Míster Murray! —llamé de nuevo—. ¡Míster Murray! ¿Está usted ahí?

Nada; siempre nada.

Di unos cuantos pasos más hacia aquella puerta; uno o dos, no lo recuerdo bien, y me detuve una vez más.

—Míster Murray...

El silencio de tumba me envió como única respuesta y otra vez empecé a andar hacia la puerta.

CAPÍTULO V

**(Ambar Dawson, día 19, a las
0 horas 30
minutos).**

Me detuve junto a la puerta y escuché. En el interior no se oían los aún firmes pasos de míster Murray.

El silencio que procedía de allí era tan agobiante como el que me rodeaba.

Me parecía sentir aún en mi cuello la cuerda asesina del estrangulador cuando empujé la puerta con el pie y abrí de un violento empujón, sabiendo también lo que iba a ver a continuación.

Había varias vitrinas, una estantería llena de libros que varias veces, por no decir muchas, examiné; tratados de magia, manuscritos chinos, hindúes, algunos de una antigüedad asombrosa.

Figuras de todas clases; fetiches, puñales de varias épocas, un par de sables *samuráis*, varias estatuillas talladas en madera de ébano, otras en marfil, y al fondo, en una pequeña vitrina, la diosa de los *thugs*; Kali de los hindúes.

Pero me equivoqué.

La gran sala de los recuerdos de míster Murray estaba a oscuras.

Aterrorizada me inmovilicé escuchando, tratando de oír algo, un rumor por leve que fuera, algo, en fin, que rompiera aquel horrible silencio que me rodeaba.

Alargué luego, temblando, apretando nerviosamente la culata de la 22, la mano, y tanteando el marco encendí la luz.

Entré.

Un par de pasos, y vi la pequeña vitrina; desde el otro lado del cristal, los ojos malignos de la diosa Siva parecían burlarse de mí; la serpiente que rodeaba su talle parecía asimismo levantar la cabeza para clavar a continuación sus aterrorizados ojos en los míos.

Como fascinada noté que bajaba el cañón del arma; o si no lo noté, lo presentí, pero nada podía hacer yo por evitarlo; tampoco para no continuar andando hacia la vitrina.

No llegué a pesar de todo.

Antes vi el pie, con la puntera hacia arriba, y el arma cayó de mi mano luego, con éstas en mi garganta avancé unos pasos más y rodeé la mesa tras la cual él se sentaba siempre que estaba allí.

Le vi; su cuerpo retorcido de manera inverosímil estaba contraído; los ojos casi fuera de sus órbitas, reflejando un terror animal; casi el mismo terror que se apoderaba de mí a pasos agigantados, que lo sentía en mi interior sin que pudiera evitarlo, su lengua asomaba por entre los violáceos labios, presentando ya hinchazón, una lengua que de roja se había vuelto azul.

Nunca supe ni sabré jamás qué pasó entonces en mi interior; sólo que di media vuelta y corrí hacia el pasillo oyendo a mi espalda la carcajada diabólica de la diosa, el cascabeleo de la serpiente de su cintura y el entrechocar de los cráneos que llevaba en sus manos rojas de sangre.

No alcancé la puerta; por lo menos eso es lo que supongo que ocurrió. Repentinamente noté que la niebla envolvía mi mente, mi cerebro, y que la oscuridad más absoluta se adueñaba después de mí.

CAPÍTULO VI

**(Phil Dugan, día 19, a las
0 horas 35
minutos).**

El grito me sorprendió al tomar una de las curvas, muy cerca ya de la casona donde vivía casi siempre míster Murray, según Ambar me había dicho, y mis manos instintivamente se crisparon sobre el volante.

Un grito largo, espeluznante. Un grito que era idéntico al que ya oyera la noche anterior, al otro lado de la frontera, en el motel donde pasara la noche con ella.

Un grito que significaba la muerte; un grito, en fin, que como el anterior, parecía venir de todas partes al mismo tiempo y de ninguna en particular.

Aceleré cuanto pude...

No sé cuánto tiempo duró el lamento, la llamada, o lo que fuese, pero había cesado ya por completo cuando detuve el «Pontiac» azul que alquilara en Shoshone, junto a la puerta principal de la casona.

Descendí, me acerqué a la puerta, levanté el brazo para llamar, cuando hasta mis oídos llegó un nuevo grito, pero aquél difería bastante del anterior.

Era casi como una repetición de lo ya ocurrido la noche antes en el motel; era Ambar Dawson, la muchacha de color, la que gritaba.

Lleme ahora, frenéticamente, hundiendo el dedo en el botón del zumbador, pero nadie contestó a mi llamada.

Miré la fachada y empecé a correr rodeando la finca.

No di muchos pasos; quiero decir que tuve suerte, que mi

carrera fue muy corta. Sólo hasta llegar a una encristalada puerta que desde el jardín o terreno plantado que me rodeaba daba acceso por aquel lado al interior de la casa; no vacilé, con el codo destrocé el cristal de un golpe e introduje a continuación la mano por el hueco buscando la falleba, y la abrí.

La casa estaba completamente iluminada lo que me extrañó un poco.

—¡Ambar! —grité—. ¡Miss Dawson! ¿Se encuentra ahí?

No hubo respuesta por lo que corrí hacia el interior; me detuve en el *hall*, y miré a mí alrededor.

—¡Miss Dawson! —grité por segunda vez—. ¡Ambar!

Nadie contestó tampoco; eché, pues, mano a la automática y corrí escaleras arriba hasta el piso alto. Vi el bulto caído en el suelo, cruzado en el dintel de una puerta de fondo, la que cerraba el pasillo, y corrí hacia allí al darme cuenta de que se trataba de la hermosa Ambar.

Me incliné sobre ella y la examiné; pasé luego por encima de su cuerpo sin tocarla, y entré en lo que pudiera llamarse el santuario de míster Murray, y vi poco después lo que indudablemente vio ella y que le causó el desmayo.

El cuerpo de míster Murray estaba retorcido, una de sus piernas doblada bajo el cuerpo de un modo inverosímil, y anudado al cuello una cuerda con nudos, idéntica a la que guardaba yo; idéntica a la que quité del cuello de Ambar Dawson.

Una cuerda delgada, no mayor de un metro diez centímetros, con nudos que guardaban una distancia entre sí; una distancia igual, siempre igual.

No toqué el cadáver; no toque nada tampoco de la habitación pero mis ojos fueron a la vitrina, cerrada con llave, tras cuya cristalera podía ver perfectamente a la diosa del exterminio; la diosa Siva.

Me acerqué tanto que casi rocé el cristal mientras que miles de historias sangrientas del pasado, miles asimismo de leyendas cruzaban por mi mente y regresé luego al lado de Ambar.

La tomé en los brazos y así, de aquella manera, llevando ya la automática en el bolsillo, luego también de recoger una pequeña, calibre 22 del suelo, su bolso caído junto a su cuerpo, descendí hasta la planta baja.

Una puerta abierta atrajo mi atención y la llevé allí; una sala de estar con bar instalado al fondo, un vaso mediado de *whisky*, dos sillones y un sofá, un teléfono sobre una rinconera, algunos cuadros en las paredes, y unos guantes blancos de mujer sobre el respaldo de uno de los sillones; unos guantes largos, quizá hasta el codo, o un par de dedos por encima del codo mismo, y adiviné sin esfuerzo alguno que eran de Ambar. Nunca supe ni he sabido por qué, pero me consta que las personas de color, quizá por algún complejo, siempre que pueden, en el vestir, usan ropa blanca.

No era éste el caso de Ambar en aquel momento.

Iba de largo. El vestido de lamé era negro, con lentejuelas, dejando los hombros y la espalda, hasta la cintura, desnudos. Zapatos de alto tacón, haciendo juego con el vestido y el bolso.

La deposité sobre el sofá, tomé el vaso mediado de *whisky*, adivinando también que era suyo, y me acerqué de nuevo a ella, obligándola a trasegar parte del líquido.

Unos instantes después vi el más abyecto terror en sus ojos, en su mirada extraviada cómo se llevaba al instante las manos a la boca, se mordía el puño dilatando los ojos.

—¡Oh, no...! No... ¡Phil! ¡Es... es usted!

Con un grito se lanzó sobre mí y su cuerpo se convulsionó con un sollozo cuando aplastó el cuerpo contra el mío, escondiendo, como aquella vez, su bella cabeza en mi pecho.

Empezaba a acariciar su pelo cuando elevó el rostro hacia mí, sus gruesos labios se apoyaron en los míos y la enlacé por la cintura.

Permanecemos allí estrechamente abrazados unos cuantos minutos, no sé cuántos, y al fin se separó ella de mis brazos diciendo:

—¡Sáqueme de aquí, Phil! Por favor, lléveme a mi casa.

Se puso en pie, pero la interrumpí:

—Antes hay que llamar a la policía —dije.

—¿La... la policía?

—Escuche, *miss Dawson*, ahí arriba hay el cadáver de un hombre estrangulado, ¿comprende? Un hombre que era amigo suyo y de su padre de usted. Un hombre que no se le puede dejar ahí por tiempo indefinido. Por otra parte sospecho que ha ido repartiendo huellas por todas partes, y también están las mías, no recuerdo dónde,

cómo es completamente lógico. Por lo tanto...

—¿Y cómo va a justificar usted su venida a Shoshone desde Las Vegas? Yo no deseo que por el momento se sepa lo que...

—Podemos decir que vine de allí, acompañándola a usted. Luego incluso puede, si lo desea, contarle a su prometido lo que ocurrió; que fue usted la que me contrató para que tratara de descubrir al asesino de su padre.

—¿Son... asesinos, Phil? Es la diosa Siva la que...

La prendí por los hombros sacudiéndola un poco.

—¡Déjese de imbecilidades, Ambar! —dijo luego—. Nada de diosas ni de...

—Entonces —volvió a interrumpirme ella—, ¿cómo explica usted esa cuerda en el cuello de míster Murray, en el de mi padre, y en el mío propio, allí en el motel?

Era una buena pregunta para la cual no tenía respuesta aún, por lo que respondí:

—Voy a llamar a la policía, *miss* Dawson.

Di media vuelta, me acerqué al teléfono, y en aquel momento dijo ella:

—¿Y cómo explicará su estancia aquí? No deseo que se sepa, aunque sólo sea por ahora...

—Continuando con lo que empezaba a decirle antes —atajé—, voy a explicar a la policía que nos conocimos hace tiempo en Las Vegas, que usted estuvo allí hace tres días, que nos encontramos por casualidad, y que la acompañé aquí. Por el camino me contó lo que ocurría, y ambos decidimos darnos una vuelta para visitar a míster Murray. Que bebimos aquí mismo, donde estamos, y que luego nos dejó solos para subir arriba, según dijo a echar un vistazo a sus cosas; que nos invitó a ambos a acompañarle pero que usted tuvo miedo y yo decidí no dejarla sola. Luego oímos ese grito y los dos le encontramos como está.

—¿Piensa que se lo van a creer?

—Sospecho que no, pero eso nos dará un respiro.

Vi una vez más la duda en sus ojos hasta que finalmente se dejó caer en el sillón con gesto de desaliento.

—Haga lo que quiera, míster Dugan —dijo—, usted es el policía y no yo.

Terminé de acercarme al teléfono y levanté el auricular.

No daba señal alguna y la miré.

—No funciona —dije.

Mudó de color y sus manos, sobre el regazo, temblaron visiblemente.

—Puede... puede que alguien haya cortado la línea —se estaba poniendo en pie—. Vámonos, yo... yo misma le llevaré a la policía, si es eso en realidad lo que desea.

No tuve nada que objetar, tomó ella sus guantes, su bolso, y entonces se volvió a mirarme con el rostro demudado.

—Tenía... tenía en la mano tina pistola cuando subí a buscar a míster Murray, y esa pistola está arriba, junto a su cadáver.

Metí la mano en el bolsillo de la americana y se la mostré:

—¿Es ésta, *miss Dawson*? —inquirí.

—Por supuesto que sí. La... la encontró allí, ¿verdad?

—Sí, así fue; ¿nos vamos?

Me prendió de una mano; la suya estaba completamente helada.

Fuera ya me di cuenta de una cosa, y se la expuse.

—Me temo —dije—, que vamos a tener que contarle a ese teniente amigo suyo toda la verdad.

—¿Por qué?

—Porque si vamos juntos en mi coche, el suyo tendrá que quedarse aquí, o viceversa, y al verlo, la policía empezará a preguntarnos por qué si llegamos aquí los dos para visitar a Murray, no usamos un mismo coche.

—Iremos hasta Shoshone, usted en el suyo y yo en el mío. Luego nos presentaremos ambos en el precinto con un solo coche.

—Y no servirá de nada.

—¿Por qué? —repitió ella.

—Sacarán un molde de las huellas de las ruedas, y no tardarán mucho en averiguar lo que en verdad pasó.

—Pero entretanto, usted tendrá un respiro. Eso los despistará.

—O me creará luego complicaciones. Usted decide ahora, *miss Dawson*.

—Iré delante hasta Shoshone... y diremos la verdad.

Si teniente me conoce, conocía también a mi padre y sabía de la amistad que le unía a míster Murray. No van a inculparme del asesinato de ninguno de los dos. Esa forma de estrangular, procede de un experto.

Aquella era también mi impresión, pero no quise mencionárselo.

CAPÍTULO VII

(Phil Dawson, día 19, a la una hora y quince minutos).

Detuve el coche detrás del suyo, frente a la puerta del recinto de policía; descendí, cuando ya lo había hecho ella.

Se encontraba ahora Ambar hablando con dos uniformados policías y me acerqué mientras ellos ladeaban la cabeza para mirarme un tanto curiosamente, y dirigir luego, casi al instante, la mirada al coche que yo conducía, con las placas de California.

Por aquella parte terminaba el examen por parte de ellos.

No tuve tiempo de decir nada; Ambar se dirigió a mí diciendo:

—El teniente Benson está de guardia, lo que es una suerte. Vamos, míster Dugan, le veremos en su despacho.

Saludé con un gesto de la mano a los dos policías y la precedí al interior del gris edificio dentro del cual atravesamos un par de pasillos para ir a detenernos después frente a una cerrada puerta.

Llamó Ambar con los nudillos y oí casi al instante una voz agria, de hombre ya maduro, según me pareció, Invitándonos a pasar:

—Entre, está abierto —dijo.

Empujó ella la puerta, cruzó el umbral, y la seguí.

Se encontraba sentado tras de una mesa despacho llena de papeles; era alto, de edad indefinible, pues tanto podría contar los cuarenta y cinco años como los sesenta, de ojillos grises, brillantes como los de una ardilla, e iba de paisano.

Se levantaba ahora, sonriendo ampliamente al ver quién era la mujer que a aquella hora de la madrugada entraba en su despacho.

—Pase, *miss* Dawson —y salió a su encuentro tendiéndole la

mano que estrechó la muchacha, mirándome de paso a mí—. ¿Qué la trae por aquí a esta hora de la madrugada? ¿Algún nuevo problema? Pero, siéntense, por favor.

Nos indicaba a ambos, con un ademán de su mano, los sillones que allí había, y lo hicimos así, mirándonos alternativamente.

—Ha... ha ocurrido algo horrible, míster Benson —dijo ella, y pude ver perfectamente cómo la sonrisa del policía se helaba en sus labios—. Pero antes quiero presentarle a míster Phil Dugan, detective privado de Las Vegas.

—Siempre creí que usted contrataría a uno, *miss* Dawson, pero supuse que no saldría de este Estado para hacerlo —y disparó la pregunta sin transición alguna—: ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Ésa... esa maldita diosa de la muerte, teniente —se retorció las manos con los ojos llenos de terror—. Esta noche... esta noche uno de sus sicarios mató a míster Don Murray.

No se movió Benson, tampoco me miró; se mantuvo, pues, completamente inmóvil, con los ojos fijos en ella, como en espera de que añadiera algo más, algo que no decía.

Debió llegar el policía pronto a aquella conclusión, a la de que Ambar no añadiría ya nada más a lo dicho, pues preguntó:

—¿Quiere decirme, cómo ocurrió todo, y cómo le mataron?

—Con una cuerda al cuello, exactamente lo mismo que a mi padre —sus hombros se estremecieron—. Está allí, en su cabaña de la colina, en el suelo, junto a esa horrible diosa. Yo... yo me encontraba allí...

Se levantó Benson y Ambar se interrumpió; ambos vimos cómo rodaba la mesa, tomaba un vaso, lo llenaba de agua y con una sonrisa se acercaba a ella, ofreciéndoselo.

—Beba un poco, *miss* Dawson —dijo—, y tranquilícese. Necesita y necesito que esté tranquila para que me lo cuente todo.

Un cuarto de hora más tarde, Ambar, terminaba su relato, contando asimismo mi intervención en el mismo.

Fue entonces cuando me dirigió la palabra por primera vez el teniente.

—¿Qué fue a buscar allí, míster Dugan?

—A míster Murray desde luego —respondí—. Deseaba hablar con él de esa estatuilla; deseaba hablarle al mismo tiempo del asesinato del padre de *miss* Dawson. Oí el grito cuando me

encontraba aún en la carretera, pero muy cerca de la casa. Entré forzando una puerta de cristales que da a la parte posterior de la finca. Luego... busqué hasta dar con *miss* Dawson, la reanimé, y trató de llamarle a usted desde allí, pero posiblemente el mismo asesino cortó la línea.

Hubo unos segundos de silencio que Benson rompió:

—¿Tocó el cadáver?

—No toqué nada. Me interesaba antes saber el estado en que se encontraba *miss* Dawson. Incluso la cuerda que emplearon para matarle, queda todavía enrollada a su cuello.

Y no dije nada de lo ocurrido en el motel de la carretera pues tampoco Ambar lo había mencionado.

—¿Qué sabe usted de esa secta? —inquirió ahora, dando un giro insospechado para mí a la conversación—. Me refiero a los *thugs*.

—Muy poca cosa, teniente —repliqué—, sólo lo que algunas veces he leído en una revista, en cualquier Biblioteca pública, e incluso en algunas novelas policíacas. Es una secta que ya ha desaparecido; que desapareció bastante tiempo atrás.

—¿Cree posible que sin saberlo nosotros, puedan existir todavía? Quiero decir que...

—Sé lo que quiere decir, teniente, y mi respuesta rotunda es que no.

—Eso quiere decir que alguien está tratando de imitarles; alguien que puso en movimiento un plan que se le ocurrió tan pronto como supo que una representación de la diosa se encontraba aquí, en Shoshone, en poder primero del padre de *miss* Dawson, y luego en el de *míster* Murray.

—Sí, puede ser que sea como usted dice, teniente... lo que limitaría un tanto sus investigaciones. Dígame, ¿tenía *míster* Dawson o *míster* Murray algún enemigo capaz de hacer una cosa como ésa? ¿Con una inteligencia capaz de que al ver a Siva en la vitrina le diera la idea de asesinar a los que no deseaba vivos para que la policía, desconcertada parte por la leyenda, que encierra la estatuilla, leyenda negra, y parte también por enemistad con esa comunidad china que me han dicho existe al otro lado de la población, enviarles a través de una pista falsa acusando a algo que ya no existe, dando vida de nuevo a una leyenda o historia más o menos sangrienta?

—Hay, indudablemente, algunas personas inteligentes en Shoshone. *Miss Dawson* es una de ellas por lo que me choca su afirmación, su creencia en los *thugs* —me miró pensativamente y añadió—: Lo cierto es, míster Dugan, que si esto prosigue, me voy a ver obligado a presentar mi dimisión por incompetencia. Sabe; yo he oído uno de esos gritos, y gran parte de la población también y la verdad es... es que si no estoy asustado, no me falta mucho para estarlo.

Se puso en pie añadiendo:

—¿Dónde podré verle si le necesito?

—En el hotel —repuse, notando cómo los ojos de la silenciosa Ambar nos miraban alternativamente.

—Bien, pueden marcharse si lo desean. Yo, entretanto, voy a sacar de la cama al juez, y posiblemente al fiscal.

—Una pregunta antes de que nos vayamos, teniente —aduje. Me miró fijamente.

—¿Sí...? —inquirió sin dejar de mirar.

—Esa comunidad china —empecé—, ¿qué clase de personas son?

—No nos molestan; no nos crean problemas si es eso lo que quiere saber. Trabajan, siembran y recogen sus cosechas entre otras cosas, y nos las venden a nosotros. Se rigen por un anciano llamado King-Woo, pero hay otro más, su sucesor según dicen; su sucesor el día en que King-Woo

vaya a reunirse con sus antepasados; éste es joven, y no me gusta mucho, ésa es la verdad.

—¿Por qué?

—Es ambicioso, y la ambición no conduce a nada bueno.

—Dígame, teniente —repliqué—, ¿cree a esa comunidad capaz de dar hospitalidad a esos estranguladores, a esos *thugs*, si es que damos crédito fidedigno, a lo que hemos visto, a lo que *miss Dawson*, aquí presente, nos ha contado, a esos gritos que usted también dice haber oído, conjuntamente con el que hoy mismo oí en la cabaña de la colina?

—No los entiendo muy bien, míster Dugan —respondió el policía—; jamás he llegado a entender a los chinos.

—Otra cosa más, y nos marchamos —dije ahora, notando en pie

y a mi lado la exótica presencia de Ambar—; ¿hay racistas aquí, en Shoshone?

—La mayoría lo son, pero si investiga por esa parte, le pasará lo que a mí, que no llegará a ninguna parte.

—¿Por qué?

—Porque si bien no simpatizan con... con... —Miró a Ambar, desvió los ojos hacia los míos y prosiguió—: Si bien no simpatizan con gentes de color, sean o no chinos, o de otra raza cualquiera, no llegan al odio homicida en ningún momento. Ésa es la realidad, míster Dugan. ¿Alguna otra cosa?

Se me ocurrían muchas, pero creí conveniente no mencionar ninguna en aquel momento, por lo que respondí:

—Ninguna por ahora, teniente. Buenas noches.

—Casi podríamos decir buenos días —repuso él, tendiéndome la mano que estreché con cordialidad.

Nos fuimos luego.

En la calle, sobre la acera, noté de pronto la nerviosa mano de Ambar sobre mi brazo; la miré, y ella se adelantó a mis deseos.

—Lléveme a mi casa, Phil —solicitó con un hilo de voz—. Puede dejar su coche aquí mismo, que nadie le multará por estacionamiento indebido.

Asentí con un mudo gesto de cabeza y subí al de ella, colocándose Ambar, como siempre, frente al volante.

No dijo una sola palabra hasta que nos encontramos frente a la puerta de su casa; un edificio de planta baja, rodeado de jardín, y a su vez, este jardín rodeado de una verja de hierro, cuya puerta que la dividía en dos, abrió ella.

—Venga conmigo, ¿quiere?

No me dio tiempo a decir nada, a dar mi asentimiento; empezó a andar por el camino lleno de grava, bordeado de árboles y plantas trepadoras, hasta el porche.

Allí abrió asimismo la puerta de entrada a la casa, franqueando el paso, tanteó por la parte interior junto al marco, encendió la luz, y se volvió a mirarme.

Sus ojos negros, intensamente negros, como ya he dicho antes, me asaetaron.

—Pase si quiere, Phil —invitó—, tomaremos una copa juntos.

Lo hice, y esperé luego, a su lado, a que hubiese cerrado la

puerta con llave.

—Por aquí, por favor.

La seguí ahora hasta el *living-room*, donde me indicó con un gesto que me sentara.

—¿*Whisky*?

—Sí, claro —repuse, dándome cuenta de que al fondo había un bien provisto bar, y que el apartamento era en extremo lujoso, elegante y sencillo al mismo tiempo, lo que denotaba su buen gusto.

Fue Ambar hacia allí, a poco oí el tintineo del cristal.

El vestido que llevaba brillaba, haciendo un juego fantástico con su figura morena y exótica; la elegancia en ella era innata, sin afectación, sencilla, tan sencilla como el decorado del interior de la casa.

Me puse en pie y me acerqué; notó mi presencia a su lado, detrás de ella, y sus hombros se estremecieron levemente, su mano tembló un poco al preparar el segundo *whisky*; entonces dije:

—Ambar...

Se volvió clavando sus ojos en los míos.

Estaba nerviosa, aquello era obvio para mí, pero ni siquiera me pregunté a qué se debía su nerviosismo de ahora.

—Sí, Phil —dijo—, lo que tú quieras.

La prendí entonces por la barbilla y la besé en los labios.

Cuando nos separamos sólo acertó a decir:

—Será... será mejor que no tomes ese *whisky*, Phil. Podemos... podemos dejarlo para luego.

Aquella vez tampoco tuve nada que objetar.

CAPÍTULO VIII

(Phil Dugan, día 19, a las dos y cuarenta y cinco minutos de la madrugada).

Se hallaba tendida boca arriba, con las manos bajo la nuca y la mirada pérdida en el techo, ensimismada en sus propios pensamientos, cuando indiqué:

—Háblame de tu padre y de míster Murray, ¿quieres?

Ni siquiera se movió, dándome la impresión Ambar de que no me había oído, pero no era así, ya que contestó casi al instante, pero sin mirarme.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Todo lo que tú sepas, o todo lo que puedas decirme.

Siguió sin moverse; siguió asimismo un largo silencio entre los dos que rompió ella luego:

—Era yo una niña cuando vine a los Estados Unidos, Phil, y entonces vino aquello tan cacareado de la discriminación... pero esto es una historia demasiado larga para contarla en una noche, o en unas horas. Hablando rápidamente, sólo te diré que durante algún tiempo fuimos de un lado para otro hasta que llegamos a Shoshone donde nos afincamos. Mi padre, de los indios del Perú, tenía algunos idolillos, fetiches y amuletos. Un día míster Murray le vio uno y a partir de entonces trabaron amistad, que ha durado años. Una amistad que terminó hace cuatro años, en sociedad. Mi padre viajaba de vez en vez y le traía algunas cosas que luego eran vendidas en California. En sus ciudades e incluso en otros estados. Antigüedades todas, hasta que en uno de sus viajes mi padre apareció con esa estatuilla, esa odiosa representación de la diosa

Kali o Siva, si éste último nombre es el que prefieres tú. Se negó a entregársela a míster Murray, pero al fin, tras largas discusiones, y una vez que míster Murray le aseguró que la deseaba para él particularmente, que no la vendería jamás, se avino a entrar en tratos con él. Pocos días más tarde moría estrangulado con una cuerda de thug enrollada a la garganta. El resto ya lo sabes.

—¿Quién heredará ahora todo lo que le pertenece a míster Murray? ¿Alguno de sus familiares?

—No tiene familia, Phil. Por lo que sospecho que tanto la fortuna de mi padre como la de Murray, pasarán a mí poder. Si no la fortuna en dólares, sí la parte que le correspondía en el negocio. Sé que el contrato privado entre los dos estipulaba que si uno de ellos moría, el otro heredaba el negocio en su totalidad. Soy pues, la única heredera. Murray, desde luego, como mi padre, como yo misma, tiene o tenía fortuna personal de la cual no puedo decirte nada; me refiero al destino que éste pudo darle en caso de su muerte.

Se había vuelto de lado y ahora me miraba, siempre con las manos bajo su nuca, y por unos instantes deseé preguntarle por algo que me preocupaba desde aquella noche en el motel; por su prometido, pero no lo hice; en su lugar inquirí:

—¿Por qué no me dijiste en un principio que el hombre que murió aquí era tu padre?

—No sabía aún ni lo que decir ni lo que hacer. Trataba por todos los medios de coordinar mis ideas, y te dije en aquel momento lo primero que se me ocurrió.

—¿Es eso verdad?

—¡Phil! ¿Qué otra cosa podía ser? Estoy aterrorizada y tú lo sabes. Y aún ahora... ahora... no consigo coordinarlas del todo. Estoy como flotando en una nube de horror, de sangre, y tengo pesadillas que me ahogan, que amenazan con volverme loca. Oigo gritos por todas partes, incluso durante el día y cuando estoy sola; es por eso por lo que no deseo... deseo...

—¿Es sólo por eso, Ambar, por lo que me has pedido que esté aquí, a tu lado?

—Dame un beso, Phil —fue la respuesta que obtuve de ella.

Había visto la comunidad china, sus casas, un par de veces ya desde que llegara allí, y me encaminé ahora en aquella dirección, andando, dando un paseo.

Detrás, a mi espalda, en su casa, Ambar continuaba durmiendo.

Vi las casuchas, diseminadas de aquí para allá. Debía haber sobre unas doscientas, y tenían sus comercios, con sus letreros chinos colgados de las puertas de entrada, balanceándose a impulsos del aire o de la brisa. Había también chiquillos en las calles, semidesnudos, jugando a cualquiera sabía qué, y por un momento experimenté la sensación de que me encontraba en pleno Chinatown de Chicago.

Luego vi la otra casa; y digo casa, en sentido propio, porque difería bastante de todas las demás. Era de ladrillo rojo, edificada a estilo chino; como si en ella habitara un viejo mandarín, un mandarín de la dinastía Ming, o de otra semejante, y hacia allí encaminé mis pasos.

La puerta que me cerraba el paso a la entrada, cuando llegué frente a ella, era de recia y barnizada madera, con grandes clavos de no menos gran cabeza, formando dibujo en ella. Vi asimismo, el cordón de seda surgiendo de un redondo agujero practicado en el muro, y lo tomó tirando un par de veces fuertemente de él.

Fue en aquel momento cuando experimenté la extraña sensación de que unos ojos me miraban desde cualquier parte, quizá a través de una abertura en el mismo muro, que yo no lograba ver, tal vez por la posición en que me hallaba respecto al muro en sí, o quizá debido a la distancia en que la abertura se encontraba de mí.

Repentinamente una mirilla se abrió en la puerta, y hasta mí llegó la voz, una voz desconocida, por supuesto.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—Quiero ver al honorable

King-Woo

—respondí.

Hubo unos segundos de silencio tras la puerta, que se rompió de un modo repentino, también con una pregunta:

—¿Tiene una cita con él?

—No, pero es importante que le vea. Dígame que está aquí Phil Dugan, que ha venido de Las Vegas, con el solo objeto de verle.

Un nuevo silencio se extendió hacia mí, y de pronto llegó a mis

oídos la respuesta que esperaba:

—Espere un momento, por favor.

Me hablaban con un inglés casi perfecto, sólo matizado de vez en cuando por un ligero acento extranjero. Ni las «eles», pronunciadas en vez de «erres», existían en aquel inglés.

No contesté.

Pasó un minuto, dos, quizá tres o cuatro, y ahora fue la puerta la que se abrió frente a mí, quedando enmarcados en el umbral tres chinos; no me fijé mucho en dos de ellos, pero sí en el del centro.

Joven, de unos veintitrés años a veinticinco, de agudos y oblicuos ojos, dando la sensación de fuerza, de poder.

—El honorable

King-Woo

—dijo—, tendrá mucho gusto en recibirle, señor, si antes me dice usted lo que desea de él.

—Algo muy importante.

—Eso ya lo dijo usted antes —se inclinó ante mí con deferencia y añadid—: El honorable

King-Woo

me delega a mí, su indigno sucesor, para que le reciba.

No dudé; no sabía si me decía la verdad o no, por lo que contesté:

—Sólo el honorable

King-Woo,

con su omnipotente sabiduría, sólo sus oídos, pueden escuchar lo que tengo que decirle. Comuníquaselo pues de mi parte.

Le vi dudar, sin apartarse de la puerta, vi asimismo en sus ojos el deseo de no franquearme la entrada, pero debía ya tener órdenes concretas de alguien más fuerte, más poderoso que él si no en juventud ni fuerza, sí en dinastía por lo que sin que su cara de Buda cambiara, ni el brillo de sus ojos tampoco, dijo algo en su idioma a los otros dos, que se apartaron, y entonces a mí en inglés.

—Tenga la bondad de pasar a la humilde morada de

King-Woo.

Crucé el umbral, oyendo correrse los cerrojos cuando cerraron a mi espalda, y me vi de pronto en una gran sala, en un *hall* que diríamos nosotros los americanos, amueblado y adornado como pudiera estarlo cualquier casa rica de la China de un siglo atrás.

Cortinas de seda cubriendo las grandes ventanas, impidiendo casi el paso de la luz del sol, estatuillas, dibujos y cuadros en los rincones y en las paredes, y la escalera que conducía al piso superior.

—¿Sorprendido?

El joven chino que me interpelaba estaba adivinando mis pensamientos y aquello no me gustó, pero aun así respondí con la verdad de lo que pensaba en aquel instante.

—Sí, un poco —dije—. ¿Dónde está el honorable King-Woo?

—Lo encontrará arriba, en su despacho. Suba por esa escalera —me indicó— y camine por el pasillo. Es la tercera puerta a mano derecha. Y por favor, llame antes de entrar.

—No es mi deseo molestar al honorable King-Woo

—respondí, encaminándome ya en aquella dirección.

Subí peldaño a peldaño, alcancé el pasillo, dándome cuenta de que ninguno de los tres chinos me seguían hasta allí.

Llamé a la puerta tan pronto como me encontré frente a ella, y oí también al instante su voz cascada cuando dijo:

—Pase, míster Dugan, está abierto.

Tratamiento y apellido pronunciados en correcto inglés, y me sorprendió.

Empujé la puerta y entré.

Estaba detrás de una mesa, llena de cosas heterogéneas; había varias estatuillas, un par o tres de ídolos, la reproducción en marfil de un Buda, y lo mismo que en la planta baja, cortinas cerrando en las ventanas casi el paso a la habitación de la luz exterior.

Era viejo, muy viejo; su arrugada piel estaba materialmente pegada a sus pómulos salientes, marcando a la vista los huesos, y su frente mostraba profundas arrugas; los abultados párpados caían hacia abajo formando bolsas bajo los oblicuos ojos; no se movía en el sillón, ni siquiera parpadeó cuando continué acercándome a la mesa.

Me detuve después, y por deferencia a su edad, recordando lo que había visto abajo, a la entrada, me incliné deferente ante él. No hubo sonrisa alguna en sus labios amarillentos, pero inclinó la cabeza; sólo un poco, pero correspondió a mi saludo, que era lo que

en verdad contaba en aquel momento.

—Siéntese, míster Dugan —y con su brazo delgado, sarmentoso, extendido, señaló uno de los sillones, añadiendo mientras lo señalaba—: ¿Usted dirá en que puede servirle este pobre anciano?

No me permitió ni la más ligera sonrisa; me limité pues a pronunciar una sola palabra:

—Kali.

Tampoco cambió de expresión; era lo mismo que si frente a mí estuviese la reproducción del Buda que ahora quedaba a mi derecha.

—La diosa es hindú —repuso—. Creí que usted ya lo sabía.

—Podré entonces mencionarla de otro modo, honorable

King-Woo;

digamos entonces Siva. ¿Qué sabe de ella?

—Lo que todo el mundo. Es un símil de Kali; la diosa de la venganza o del exterminio. Hubo una época en que nació a su amparo una secta, la de los thugs; pero usted, míster Dugan, no quiere hacerme preguntas sobre lo que indudablemente ya sabe.

—Sí, es verdad —respondí, metiendo la mano en el bolsillo de la americana de donde extraje la cuerda que estuvo a punto de estrangular a Ambar; me puse en pie, me acerqué a la mesa y la deposité allí, frente a sus ojos—: Vea esto —añadí entonces—, estuvo a punto de morir con ella al cuello una mujer. *Miss Ambar Dawson*.

—Este humilde servidor tuvo un día el honor de conocer a su honorable padre y a la no menos honorable señorita. ¿La verá usted?

—¿A *miss Dawson*? Sí, por supuesto.

—Hágame un favor entonces —respondió el viejo chino—; traslade mi más humilde pesar a la bella señorita Dawson por la muerte de su padre, y díglele que siento mucho que alguien tratara de matarla.

—Lo haré así, honorable —respondí.

No me dijo nada, ni yo añadí nada tampoco a lo dicho;

King-Woo

tenía entre las manos la cuerda de nudos y la estaba examinando detenidamente, pulgada a pulgada.

Sin un gesto luego, cuando terminó de hacerlo, la tiró sobre la

mesa y clavó sus vivos ojos en los míos.

—Esta cuerda procede sin lugar a dudas de China —dijo, sorprendiéndome, ya que aquello no era lo que yo esperaba—, pero no se puede averiguar si es o no de un thug.

—¿Por qué? —pregunté aún más sorprendido.

—Por la sencilla razón de que allí esto se fabrica por curiosidad, o se fabricaba antaño. Incluso hoy ha llegado a mis oídos que a pesar del régimen de Mao, siguen aún fabricándolas allí, para los turistas. Son miles de ellos los que las compran para después llevarlas a las diferentes partes del mundo.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio e indagué luego:

—Dígame, honorable

King-Woo

—dije—, ¿qué sabe de todo esto, de esos asesinatos en sí? ¿De esos thugs, ficticios o no?

Sus ojos se achicaron un tanto, y ése fue el único gesto que hizo ante mi pregunta, en tanto que el resto del rostro permanecía tan impasible como una estatua.

—Si lo que quiere darme a entender es si en algún momento la comunidad china de Shoshone ha dado asilo a ellos, míster Dugan, debo decirle que jamás yo me alió a un asesino. Thugs o no, son asesinos, y eso no entra aún en mis... digamos más bien que no entra en mi espíritu. Es la misma respuesta que en su día ya le di al teniente Benson de la policía local, y él sabe positivamente que no le mentí.

—¿Qué me dices de ese hombre, ese compatriota suyo que me recibió cuando pregunté por usted?

—Es un buen muchacho, como dirían ustedes los americanos. No tiene ambiciones, y es digno sucesor mío, el día en que vaya yo a reunirme con mis honorables antepasados.

Aquello no encajaba con las palabras pronunciadas por Benson, pero sin saber por qué me guardé muy bien de decírselo a él.

Me limité a formular una nueva pregunta:

—Entonces, honorable

King-Woo,

¿no puede decirme nada al respecto?

—¿De esos crímenes...? No, no puedo, porque nada sé. Pero no olvide una cosa, míster Dugan; todas las leyendas tienen una base,

un principio y puede... Bueno, el templo o el santuario de Siva fue profanado; si ellos vinieron detrás de la representación de su divinidad o no, sólo el tiempo puede decirlo, como también puede decirnos si alguien tomó el nombre de la diosa para satisfacer un odio o una venganza. Conociendo las leyendas en torno a Kali o a Siva, el resultado es obvio para todos.

—Lo que quiere decir que usted cree en una superchería; en una imitación más bien, ¿no?

—Yo no creo en nada, míster Dugan; simplemente, humildemente, sólo apunté una posibilidad, o digamos más bien que hice un comentario. ¿Alguna otra cosa?

La pregunta implicaba una despedida por lo que me puse en pie; el chino permaneció frío, inaccesible, inmóvil frente a mí, en tanto que a mi espalda se abría la puerta.

—Mie-Ming le acompañará a usted hasta la puerta, míster Dugan.

Me volví.

Había un chino allí, uno como otro, como todos los chinos. Delgado, de estatura ligeramente inferior a la normal, que tampoco me sonrió cuando se hizo a un lado de la puerta, en muda invitación para que yo abandonara el despacho.

CAPÍTULO IX

(Phil Dugan, día 19, a las 12 horas y 30 minutos).

Tse-kung,
el joven chino que sería sucesor del honorable
King-Woo
el día de su muerte, fue, de los tres, el único que me acompañó a la
puerta de salida.

Habló allí, antes de que yo cruzara el umbral.

—¿Sacó algo en claro del honorable

King-Woo?

—preguntó.

—No vine a formularle pregunta alguna.

La impasibilidad de piedra, impasibilidad propia de todo chino,
según creía yo, no se rompió al responderme.

—Usted está tratando de averiguar cosas en Shoshone, y vino
aquí para...

Le interrumpí.

—Y eso, ¿tiene para usted una mayor importancia?

—Sí. El honorable

King-Woo

es hombre viejo, cansado, sabe también que a no tardar irá a
reunirse con sus antepasados, y solo, por lo tanto, desea
tranquilidad.

—Lo que no ocurre en su caso, ¿verdad?

—En eso se equivoca usted; ocurre exactamente igual... si
alguien no trata de culparnos a nosotros, a esta comunidad china,
de algo que no nos concierne ni mucho menos.

—Eso suena a amenaza.

—Lo es en realidad —me respondió con su imperturbable calma—. No hemos visto a esos estranguladores de la diosa Siva, si es que en verdad existen. Yo... creo en eso, en sus leyendas, creo asimismo en ellos, pero a que reciban la ayuda nuestra, media un abismo. Quisiera, míster Dugan, que comprendiera esto; que comprendiera también nuestra postura. No deseamos enfrentarnos a nadie y mucho menos al pueblo que prácticamente nos está dando su nacionalidad. Hable con el teniente Benson y dígame usted cuál es nuestra postura respecto a esto; y aconséjele que devuelva a la diosa a su lugar de procedencia; que no le destruyan, porque ellos continuarán viniendo. Si uno es muerto, si varios lo son, vendrán más, y ningún miembro de la secta creará nunca en esa destrucción. Hable del mismo modo con la honorable señorita Dawson y su honorable prometido.

—No conozco a este último —respondí, pensando en algunas cosas.

—No tardará en conocerle. Y ahora, míster Dugan, perdone a este humilde servidor suyo, pero la verdad es que...

Hice un gesto con la mano, se interrumpió, me incliné un poco, saludando, crucé el umbral y di la espalda a todo aquello.

Sobre mi cabeza, el sol de California brillaba como una bola de fuego.

Vi el coche de la policía tan pronto como alcancé la puerta del hotel, estacionado frente a la misma, y adiviné que me estaban esperando a mí.

Podía Benson encontrarse en el interior del hotel, o podía asimismo estar cómodamente sentado en el interior del automóvil, por lo que me acerqué lentamente.

No estaba allí, pero frente al volante vi a uno de los uniformados policías y a otro, acomodado en su interior, en la parte trasera. Fue éste último el que tomó la palabra apenas verme.

—Míster Dugan, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, así es.

Abrió la portezuela.

—El teniente Benson le ruega, venga con nosotros al precinto. ¿Sube?

Lo hice a continuación y el coche se puso en marcha.

No tardamos mucho en llegar; las distancias en Shoshone no eran relativamente largas por lo que me vi frente a la puerta de entrada del precinto policíaco en menos de tres minutos.

Cinco más tarde me encontraba en presencia del teniente Benson, vestido como siempre, de paisano.

Me indicó con un ademán que me sentara en uno de los sillones, y obedecí en silencio; la pausa entre los dos se extendió durante algunos segundos, hasta que se decidió a cortarla.

—Estuve investigando, míster Dugan —dijo sin preámbulo alguno, y al adivinarle el pensamiento, me permití una sonrisa.

—¿Sobre mí?

Me la devolvió.

—Sí, claro; y recibí el correspondiente informe de Las Vegas.

No tuve que objetar nada, por lo que no respondí.

Y continuó él en vista de mi silencio:

—Salió de Las Vegas hace tres días con hoy, y no obstante no llegó aquí hasta ayer. ¿Dónde se detuvo en el camino?

—Pasé la noche en un motel, antes de entrar en este Estado.

El silencio se hizo ahora largo; le adivinaba casi el pensamiento. Sabía positivamente que deseaba hacerme una pregunta y que estaba asimismo tratando de reunir el valor necesario para formulármela, pero al mismo tiempo no lograba adivinar qué clase de pregunta era.

Por fin, cuando ya creía yo que desistiría, Benson la soltó de golpe:

—Sé en qué motel, míster Dugan, y con quién pasó la noche. Consta en el registro su nombre y el de *miss* Ambar Dawson, de color, natural del Perú y... Ambos ocuparon la misma habitación. ¿Por qué?

No dije nada en unos segundos.

—Mi vida privada, teniente, es sólo mía, mientras no altere el orden o cometa un delito punible por la ley, y el pasar la noche junto a una mujer, no lo es, por lo menos que yo sepa, así como tampoco importa a la policía.

No perdió la calma Benson.

—No es mi deseo investigar su vida privada como pueda suponer por mis palabras...

—¡Ah!, ¿no? —le interrumpí.

—Desde luego que no. Es... Bueno, míster Dugan, se trata de Ambar; es una buena muchacha. Be color, si quiere, pero una buena muchacha que ahora está pasando una mala temporada. Una muchacha que no es de esa clase, si me comprende; una muchacha, en fin, que se iba a casar con un hombre blanco, de diferente raza aunque nunca de diferente clase pues ella es toda una dama, y por eso me extraña lo ocurrido. Eso es todo, Ahora le ruego disculpe y vayamos ya al verdadero motivo que me ha hecho traerle aquí.

—¿Y es...? —inquirí, deseando yo también cambiar de tema, de conversación.

—La autopsia de míster Murray reveló lo que todos ya sabemos: muerte por estrangulación producida por un objeto con nudos; posiblemente una cuerda. Pero tampoco le llamé para eso.

—¿No?

Sin hacer caso de mi nueva interrupción, prosiguió Benson:

—¿Qué averiguó en la comunidad china?

No me sorprendí que él supiera que ya había estado allí.

—Nada y bastante. Eso es según como se mire —no pronunció palabra el teniente, por lo que proseguí—: Vi al honorable King-Woo, y más tarde a su sucesor, el no menos honorable y joven Tse-kung.

Me dieron un consejo.

—¿Cuál?

—Que le trasladara a usted ese consejo, teniente. Dicen que hay que devolver a su lugar de procedencia a esa diosa china o hindú. Que está furiosa, que clama venganza pues su templo o su santuario fue profanado, y que si se destruye y al mismo tiempo logramos terminar con el grupo de thugs que andan escondidos por aquí, más tarde vendrán otros y las cosas necesariamente quedarán como ahora; es decir, cómo en un principio. Ellos creen en la diosa, la temen y la odian casi tanto o más que veneran a Buda.

—¿Y cómo diablos...?

—Pero hay otra posibilidad, teniente —corté casi en seco—, que todo sea una simple ficción por parte de alguien que desea consumir un odio escondido quizá desde hace tiempo, y aprovecha su conocimiento de las leyendas que circulan en torno a Siva, al objeto de no ser inculpada, de quedar fuera de toda sospecha.

—A esa conclusión también habíamos llegado nosotros —repuso él—. Y dígame, ¿cree usted verdaderamente en esa posibilidad?

—¿En una superchería? Sí, puede ser.

—Entonces la estatua es un motivo, el verdadero motivo.

—En parte nada más, teniente.

—Explíquese.

—Es sencillo. Deje la estatuilla de oro de Siva a un lado, pero no la descarte del todo. Luego, hecho lo que le digo, piense en otra posibilidad.

—¿Cuál?

—También es sencilla; no siendo Siva, no siendo la venganza de una diosa sanguinaria y guerrera, ¿quién tiene interés en eliminar a todas las personas que de un modo u otro giran en torno a *miss Dawson*?

Siguió un largo silencio que al fin rompió Benson.

—No lo sé, míster Dugan —respondió al fin—. ¿Lo sabe usted acaso?

Me encogí levemente de hombros.

—Con seguridad no, teniente —dije poniéndome en pie—. Tengo algunas ideas, pero nada en concreto.

—¿Por qué no se sienta y las discutimos, míster Dugan?

—Por la sencilla razón de que no son nada más que eso; simples ideas sin consistencia alguna —traté de sonreír y proseguí—: no obstante, si cristalizan, me tendrá a su disposición. No lo dude usted.

No dijo nada y me encaminé hacia la puerta, pero al poner la mano sobre el tirador, me llamó.

—Un momento, míster Dugan —dijo.

Me volví a mirarle.

—¿Sí...?

—¿Qué hay de *miss Dawson*...? Ella iba a casarse y ahora...

Por unos segundos una violenta respuesta afloró a mis labios pero la deseché por impropio; el teniente conocía a Ambar, había sido amigo de su padre e incluso amigo del difunto Murray, por lo que respondí:

—No lo sé, teniente, no lo sé, y crea que le estoy diciendo la verdad. Más adelante... ni yo mismo lo sé.

Salí cerrando la puerta a mi espalda con extraordinaria

suavidad. La verdad es que su pregunta final respecto a aquella mujer, exótica, bella, educada, capaz de comportarse entre la gran sociedad de cualquier parte con la misma tranquilidad y perfecta calma que en la barra de un bar, me había puesto en un dilema, en un extraño dilema conmigo mismo.

Empecé a andar.

No deseaba ver por el momento a Ambar por lo que en vez de dirigirme a su casa encaminó mis pasos al hotel donde me hospedaba, y al comedor directamente una vez que hube entrado.

Luego de la comida pensé en algo que debía haber hecho antes; pensé asimismo que para llevarlo a cabo debía esperar a la noche, por lo que sin más dejé dicho a la encargada de la centralita telefónica que me llamara a las nueve de la noche y me fui a dormir.

Casi no pegué un ojo en toda la tarde, pero me encentraba fresco cuando después de una ducha de agua fría descendí al comedor donde cené sin prisa, y sin que ningún otro pensamiento conturbara mi mente; ni el de Ambar siquiera.

Salí después a la calle, y me encaminé directamente al Blue Bar.

Era aún temprano para lo que deseaba hacer, demasiado temprano diría yo.

¿Un par de *whiskys* después de la cena?

No esperaba que me cayeran mal; por otra parte, también tenía que matar el tiempo de cualquier forma, por lo que a través de las mesas, con alguna que otra pareja que se arrullaba en la semioscuridad reinante, me encaminé a la barra, enfrentando a la pelirroja que me dedicaba desde el otro lado del mostrador una mecánica sonrisa.

—Un *whisky*, por favor —pedí antes de que me preguntara ella qué es lo que iba a tomar yo.

Me lo sirvió sin pronunciar palabra, y al ir a alejarse de mí, la interrumpí.

—Espere —dije.

Clavó en los míos sus ojos verdes.

—¿Sí...?

No sabía cómo empezar después de mi llamada, y sólo se me ocurrió decir:

—Estoy buscando a un hombre, pero no sé cómo se llama.

Se acercó a la barra y apoyó los codos sobre el mostrador con lo que su escote quedó por unos instantes frente a mis ojos.

No miré mucho, aquélla era la verdad.

—En ese caso, forastero —dijo—, no sé cómo voy a poder ayudarle.

Había interés en sus pupilas, curiosidad también; sabía yo en lo que estaba pensando, y me decidí a no defraudarla.

—Conozco no obstante a su prometida.

—¿Quién es...?

—*Miss Dawson* —dije—; *miss Ambar Dawson*. ¿La conoce a ella?

Se le demudó el semblante; de nuevo adiviné en lo que estaba pensando. De nuevo, una vez más, la diosa Siva estaba allí, en el interior del Blue Bar, como algo maligno interponiéndose entre la mente de la pelirroja y la mía.

Por lo menos ésa fue la sensación que experimenté.

—Prefiero no hablar de eso —me contestó.

Y noté que su voz era ronca.

—¿Por qué? —quise saber—. Por lo menos podrá decirme quién es su prometido; su nombre por supuesto. No hay nada de malo en ello, ni en que me diga asimismo cuál es su domicilio.

Se irguió frente a mí, miró a nuestro alrededor, y respondió:

—Eso deberá preguntárselo a *miss Dawson*. Y ahora, si no quiere marcharse de aquí, continúe bebiendo, pero nada más.

Se apartó yendo a detenerse, con los ojos fijos en los escasos clientes, que casi en todas las mesas formaban parejas.

Tomé el vaso y bebí; parecía allí imperar la ley del silencio; una ley obligada por el terror que todos o casi todos los habitantes de Shoshone experimentaban por los extraños acontecimientos ocurridos últimamente; era ya del conocimiento público, o debía serlo ya, el asesinato de *míster Don Murray*; también quizá del modo como había muerto, y el temor, el miedo, el terror incluso, agarrotaba los músculos de las gargantas de los habitantes de la población.

Tal vez supieran algo, pero callaban; también, y ahora que lo pensaba fríamente, el honorable

King-Woo

había callado; incluso callaba el joven chino

Tse-kung.

Sí, desde luego, la comunidad china sabía algo que no decía, que no diría nunca. Adoraban y oraban frente a la imagen de Buda, pero asimismo temían a la diosa Siva.

Bebí lentamente.

Mis pensamientos me llevaban ahora hacia Ambar, y por segunda vez aquella noche las palabras pronunciadas por el teniente Benson, su pregunta final, danzaba en mi mente; y la verdad sea dicha de paso, no sabía qué hacer al respecto, y quizá no lo supiera nunca.

No era racista ni lo sería; en aquello no le mentí a *miss* Dawson; dije exactamente lo que pensaba en aquel momento, lo que pensé siempre; el color de la piel en tal o cual persona, en todas las personas para mí, contaba en modo alguno.

Miré el fondo de mi vaso, apenas si quedaba nada; terminé con el licor de un sorbo, dejé una moneda sobre el mostrador y salí a la calle.

Estaba silenciosa, vacía, sin tránsito alguno aunque de vez en cuando llegaba el sonido del motor de un coche circulando por la calle principal, cercana a la que ahora me encontraba, el sonido también de un claxon, y encaminé mis pasos hacia el lugar donde había dejado el coche que alquilara allí mismo. Junto al recinto de policía, lugar en que lo dejara estacionado la noche anterior.

No llegué.

Alcanzaba la próxima bocacalle que debía tomar para alcanzar luego y directamente la principal, cuando surgieron de las sombras, casi frente a mí.

Eran tres.

No vi en sus manos las célebres y fatídicas cuerdas de los estranguladores thugs, pero sí los cuchillos; tampoco pude ver sus rostros enmascarados.

No dijeron nada, no pronunciaron una sola palabra; tampoco el grito de llamada de la diosa Siva saltó al aire; se me acercaron en silencio, separándose entre sí con el deseo expreso de acuchillarme por varios lugares a la vez.

Tampoco dije nada, tampoco saqué el arma de la funda sobaquera sabiendo que ellos llegarían antes, y más si tenía en cuenta que el movimiento de mi mano al ir en busca de la culata del arma, restaría unos segundos a la rapidez de mi ataque.

Esperé a que estuvieran más cerca, lamentando no estar descalzo, lamentando tener los zapatos puestos, pero sabiendo que aun así, podía hacer mucho.

No duró mucho mi espera; sólo lo suficiente, y entonces, con el mismo silencio que ellos empleaban en su acercamiento, salté al centro del pequeño grupo, extendiendo al mismo tiempo mi brazo izquierdo y la pierna derecha.

El primero de los tres se vio lanzado repentinamente hacia atrás cuando el nudillo anular e índice de mi mano tropezó con su yugular, con un impresionante gorgoteo que pareció llenar toda la calle, justo en el momento en que la puntera de mi zapato se hundía materialmente en el vientre del segundo que con un alarido de muerte se fue igualmente, hacia atrás para estrellarse luego al otro lado de la calle, contra la pared de una de las casas, echando sangre por boca y oídos.

Me volví hacia el otro, hacia el tercero y último de mis atacantes, justo a tiempo de ver su espalda desaparecer por la próxima esquina.

No me molesté en perseguirle; tampoco miré a los otros dos. Thugs, o no, no me interesaban sus rostros; eran simples enviados, quizá de la diosa Siva, o de alguien que allí en Shoshone estuviera tomando su figura.

Di entonces la espalda a todo aquello, doblé la próxima esquina y pensando en que el teniente Benson iba a tener con aquel hecho una complicación más, alcancé el coche y partí.

CAPÍTULO X

**(Ambar Dawson, día 19, a las
23 horas 35
minutos).**

No salí en todo el día, no quería enfrentarme con nadie; no deseaba oír tampoco los comentarios de la población, las preguntas de los conocidos, de los amigos, respecto a la muerte, al asesinato de míster. Murray.

Pero aquel deseo era sólo parte de la verdad.

Estaba esperando; no podía evitarlo, pero esperaba la vuelta, el regreso de Phil Dugan. Estaba segura de que más tarde o más temprano se presentaría de nuevo en mi casa, y no deseaba en modo alguno defraudarle; no sabía aún por qué, pero le esperaba, deseaba verle.

También estaba asustada; un miedo que creció y creció a medida que iban pasando las horas y que se acentuó cuando las primeras sombras de la noche cayeron sobre Shoshone; y Phil que no venía...

Tomé la automática que él me devolviera, la coloqué en el sillón junto a mí y me preparé un *whisky*.

Consulté el reloj en el momento en que me senté.

Eran exactamente las 23 horas treinta y cinco minutos de la noche, y Phil Dugan no venía, tal vez no volviera nunca; nadie se encapricha de una mujer de color de una vez por todas, y el detective privado de Las Vegas no iba a ser la excepción de la regla.

Levanté el vaso y empecé a beber; en aquel momento fue cuando llamaron a la puerta.

—¡Phil! —exclamé en voz alta sin poderme contener.

Y corrí para abrir, sin preguntar siquiera de quién se trataba; quién era el que llamaba a aquella hora.

La abrí, como digo, y por unos segundos, al enfrentarle, perdí incluso la noción de todo cuanto me rodeaba; luego, sin saber cómo, me vi entre sus brazos.

Dejé por supuesto que me besara, correspondí incluso, y cuando me separé de él dije:

—Pasa y no te quedes ahí, Pool.

Noté su brazo en mi cintura y cómo después de cerrar la puerta me empujaba al interior del apartamento.

Nos enfrentamos allí; él teniendo sus manos en mis hombros, inclinándose de nuevo sobre mis labios; el beso era inevitable y lo acepté, pensando en que quizá jamás me atreviera a decirle la verdad de todo; en que nunca me sería posible explicarle todo lo sucedido en contadas horas, en contados días, si podía definir la realidad de aquel último modo.

—¿No te sientas? —pregunté.

Había desviado sus ojos de los míos tan pronto como nos separamos, y estaba mirando ahora la automática que dejó sobre el sillón.

—¿Puedo saber qué significa esto, Ambar?

Traté de sonreír.

—Algo que debes suponer —repliqué—. Tengo miedo, estoy asustada, y más que asustada aterrorizada. Devuelve a esa maldita diosa. Llévala tú a esa comunidad china y habla con King-Woo.

Él era amigo de mi padre y lo es mío. Accederá a enviar a China a uno de sus emisarios con la estatuilla, para que sea devuelta al templo donde fue profanada.

—¡Ambar! ¡Que estamos en pleno siglo xx! No irás a creer en todas esas absurdas leyendas, ¿verdad?

—Aún no sé en qué debo o no creer, Pool. Tengo miedo, estoy aterrorizada —repetí una vez más—, pero si deseas ayudarme, si deseas que en parte recobre mi tranquilidad, ve a por esa diosa de oro o de lo que sea, y llévala a King-Woo.

El sabrá lo que hacer con ella.

—¿De verdad es eso lo que deseas, Ambar?

—Sí, así es.

—Esa estatuilla, como tú la defines, tiene un valor incalculable para cualquier coleccionista, y lo sabes.

—Concedo más valor a una vida humana que no a una diosa por mucho oro que lleve encima; y aún más a la vida de mi padre, y a él ya le mataron. Lo mismo que a míster Murray, Pool. Ahora sólo quedo yo de la familia, de la dinastía, como diría cualquier chino. Vamos, Pool, devuélvela, o jamás te casarás conmigo.

Dije aquello como pude decir otra cosa, aun a sabiendas de que jamás contraeríamos matrimonio.

Hubo, luego un largo silencio en el transcurso del cual él, jugueteó con mi automática, hasta que finalmente inquirió:

—¿Es ésa tu última palabra, Ambar?

—Sí, así es.

Quise, pero no pude evitar empero que mi voz sonara ronca al pronunciar aquellas palabras.

—De acuerdo entonces —me respondió Pool, tras una ligera y nueva vacilación—, iremos juntos.

—¿Qué...?

—Que iremos juntos a llevársela a

King-Woo.

Él te conoce a ti más que a mí. Tendrás allí más fuerza tú de la que yo pudiese tener.

Era una realidad y lo comprendí así.

—¿Cuándo iremos?

—Ahora.

—¿Qué...?

—Escucha, Ambar, deseo estar a tu lado aunque sólo sean unas horas. Me gusta tu presencia, te amo también, y tú lo sabes, por lo que no creo que conmigo, a mi lado, tengas miedo de nada. Ponte algo sobre esos bellos hombros y nos iremos.

—¿A la casa de la colina?

—Por supuesto que sí. Eres tú quien tiene las llaves de allí y no yo. Por otra parte tampoco deseo ir solo. Qué, ¿te decides y me acompañas?

Tenía miedo, aquélla era la verdad, a pesar de que cualquiera, al oírmelo repetir, me llamara pesada o redundante, y aun así, me decidí de repente.

—De acuerdo, querido —dije—. Nos vamos ahora mismo.

Pasó a mi dormitorio donde no me siguió, tomé una de mis pieles y la coloqué sobre mis hombros desnudos.

Unos minutos más tarde, él frente al volante, tomamos la carretera de la colina.

Casi mediábamos el camino, en silencio, cuando Pool lo rompió con una pregunta que sorprendiéndome estuvo a punto de hacerme perder el control del coche.

—Dime, Ambar, ¿qué hay entre tú y ese detective privado que contrataste en Las Vegas?

Me rehíce, por suerte, al cabo de unos segundos.

—Se llama Phil Dugan —respondí.

—No te he preguntado por su nombre, sino por lo que hay entre tú y él.

—¿Tiene que haber algo necesariamente?

—No necesariamente, pero aquí sí lo hay —le vi dudar, y adiviné lo que a continuación iba a decirme, sin un solo error de cálculo—. Pasaste la noche con él, ¿verdad?

—Sí, Pool —respondí, sin preguntarle cómo lo había sabido.

—Esto... esto marca el final de nuestras relaciones.

—Sí, Pool, así es.

No me respondió en unos segundos.

—Lo siento, muchacha —dijo de pronto—, nunca supuse que esto ocurriría entre los dos, por lo menos por causa de otro hombre, de un hombre del que apenas sabes nada.

—Yo también lo siento, aunque tú creas lo contrario —dije.

—Quisiera ahora saber una cosa, Ambar —me respondió—: ¿Le amas?

Perdí el aliento por un breve espacio de tiempo.

—Sí, Pool —repetí una vez más, porque era lo único que podía decir en aquellas circunstancias.

—¿Y él a ti?

—No lo sé. No me lo ha dicho.

Ya no habló más hasta que dimos vista a la quinta, a la casona de míster Murray, al santuario que ahora tenía allí la diosa de los thugs, y me estremecí violentamente al ponderarlo.

—Estamos llegando, muchacha —anunció—. ¿Asustada?

—¿Qué otra sensación quieres que experimente? —le pregunté a

mi vez, notando como el nerviosismo se iba apoderando de mí.

Se echó a reír, y su risa, sin saber por qué, me sobresaltó.

Había un coche estacionado frente a la entrada principal, un coche que yo conocía ya demasiado bien, y empecé a temblar, pero Pool no pareció notarlo, quizá porque en aquel momento estaba yo deteniendo el que conducía directamente detrás de aquel otro.

Abrí la portezuela sin dar lugar a que Pool me ayudara, y salté del coche, mirando a mí alrededor.

Le vi, justo en el momento en que Pool se colocaba a mí lado.

—¿Es... es...?

—Sí, Pool —respondí al ver que se interrumpía—; es Phil Dugan. Es él.

No dijo nada.

Se nos acercaba con pasos firmes, como medidos de antemano, y ya más cerca, a la luz de la luna, le adiviné tenso como un manojo de cables de acero.

—Buenas noches, Phil —dije tuteándole, pues conceptuaba innecesaria ya cualquier representación más o menos teatral al dejar de hacerlo, dadas las circunstancias—. Me has sorprendido.

—Ya lo he supuesto.

Me había contestado a mí, pero sus ojos estaban fijos en el rostro de mi acompañante.

Un tanto forzosamente les presenté.

—Phil Dugan, del que ya te he hablado —dije—. Y Pool Kendall, mi prometido.

Ninguno de los dos se dio la mano.

Hubo luego un tenso silencio que rompió Pool con una pregunta:

—¿Puedo saber qué ha venido a hacer aquí?

—Deseaba visitar a solas el interior de la casa —le oí responder—, pero no pude entrar. Y no formule más preguntas; si estoy o no en terreno privado es algo que sólo al dueño o en su defecto a la policía, atañe.

Vi cómo Pool hacía una mueca, pero el estallido que esperaba entre ellos dos no se produjo.

—¿Entramos, Ambar? —Pool se había vuelto hacia mí—. No quiero perder mucho tiempo, querida. No me agrada el lugar, y si quieres que te diga la verdad, tampoco lo que vamos a hacer.

Me sorprendí; no por las palabras de Pool, sino porque el

hombre que ya era toda mi vida no decía nada; era o daba la sensación de que no lo estaba oyendo; era como si él estuviera allí, que estaba desde luego, pero no su mente que parecía alejada del lugar a una distancia inconmensurable.

Abrí el bolso sin pronunciar palabra y tras algunos nerviosos intentos introduje la llave en la cerradura y la hice girar. Tanteé a continuación el marco, e iluminado el *hall* me volví a mirarles.

Entonces le pregunté directamente a Phil:

—¿No entras tú con nosotros, sabueso?

Se encogió de hombros, pero dio unos pasos en dirección a la puerta y me aparté a un lado para dejarle pasar. Detrás suyo, pisando casi sus talones entró mi ex prometido.

Nos enfrentamos en el *hall*.

Estaba con ellos, ¿qué duda cabe?, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo tan pronto como miré hacia la escalera.

—¿Qué es lo que te pasa, Ambar? —me preguntó Phil—. Estás cambiando de color.

—Es... es cierto, Phil —respondí—. Sigo... sigo... Pero ¿para qué voy a repetírtelo una vez más si tú ya lo sabes? Esta casa me horripila; me horripila la casa con todo lo que contiene. Quizá sea una estupidez, una locura o una superstición, pero es la verdad.

Nos estaba mirando a los dos, a Pool Kendall y a mí, cuando contestó:

—¿Quieres decirme a qué habéis venido aquí?

—Pool vino a hacerme una visita, tuvimos unas explicaciones, y le pedí que llevara a esa odiosa estatuilla a la comunidad china de Shoshone.

—¿Allí? ¿Por qué?

Le expliqué entonces que King-Woo

nos conocía, que tuvo amistad con mi padre, y con míster Murray, cosa que ya debía saber él, porque no se sorprendió.

Se limitó a decir:

—De acuerdo —señaló el lugar donde nos encontramos por primera vez en el interior de la casona y añadió—: Si te parece bien, Ambar, mientras vosotros subís a por la diosa Siva, yo entraré ahí y me tomaré un *whisky*.

Noté que se me demudaba el semblante; todo el valor que

experimenté frente a Pool Kendall había desaparecido de mí, por el mero hecho de encontrarme allí.

—No... no voy a subir, Phil —dije—; puede hacerlo Pool, si quiere, pero no voy a acompañarle.

Vi que se miraban.

—Subiremos los dos, Ambar —contestó mediando en la conversación Kendall—. Tú puedes entretanto prepararme algo de beber.

—¡No! —grité—. No voy a quedarme sola.

Y volví a sorprenderme, ya que aquello no lo esperaba, cuando Phil exclamó:

—Quédese con ella, míster Kendall; si no le sabe mal iré yo mismo a buscarla.

Me consultó él con la mirada, y una vez más, sin saber por qué hacía una cosa, asentí con un mudo gesto de cabeza.

Él tampoco dijo nada, nos dio la espalda y se encaminó a la escalera de caracol. Empezó a subir.

Poco después le perdí de vista, pero adiviné todos y cada uno de sus pasos.

Estaba ahora en el pasillo, tal vez empuñando la automática, que yo sabía llevaba en la funda sobaquera, hacia la habitación del fondo. Ahora, transcurridos unos segundos, se encontraría frente a aquélla, la abriría, lanzaría una mirada alrededor suyo luego de encender las luces, y pausadamente, escuchando cualquier sonido, cualquier rumor que le llegara de fuera o de dentro de la quinta.

Luego... Siva y él se enfrentarían.

Creo que incluso dilaté los ojos cuando noté el brazo en mi cintura; el brazo de Pool Kendall.

Me volví a mirarle.

—Sí, Pool...

Se inclinó.

—Voy... voy a darte un beso, Ambar —dijo.

Y me lo dio.

Luego sin saber cómo, pero notando que era él quien me había empujado hasta allí, me vi sentada en uno de los sillones de la sala, en tanto que se volvía de espaldas a mí para ir a continuación al bar, diciendo:

—Voy a prepararte algo de beber, Ambar; lo estás necesitando.

Llevaba, como casi siempre, razón, por lo que no pronuncié una sola palabra. Un poco después estaba a mi lado, ofreciéndome uno de los vasos. Phil, en el piso de arriba, no producía un solo rumor.

Bebí un poco, notando los ojos de Kendall que me asaeteaban; luego vino su pregunta, y recordé instantáneamente la que en su día me formulara Phil, pues ambas eran idénticas.

—¿Qué vas a hacer, Ambar?

—¿Hacer? —retruqué—. ¿Cuándo?

—Cuando todo esto termine.

—No lo sé. Quizá me dedique a viajar un poco, para tratar de olvidar.

Kendall hizo una mueca que resultó completamente indefinible para mí.

—Creí... que después de lo ocurrido entre tú y ese... ese detective, os casaríais.

Fui a responder, pero no pude.

El grito desgarrador, producido por una garganta al parecer no humana, largo, prolongado lamento que hablaba de cosas desconocidas, del más allá inclusive, que fue creciendo y creciendo hasta llenarlo todo, hasta vaciar casi mi mente de todo pensamiento, saltó al aire interrumpiéndome, y con las manos sobre mis pechos, aterrada, temblando, entrechocando los dientes me puse en pie, cuando frente a mí Kendall dejaba caer el vaso que se hizo añicos en el suelo, y ambos miramos hacia la puerta de acceso al *hall*, y entonces vi al thug.

Sin máscara en el rostro, y con la cuerda en la mano; fue, según creí más tarde, mucho más tarde, una visión fugaz que saltaba hacia mi ex prometido, como si tuviera alas, y entonces grité a mi vez; se borró luego todo de mi mente...

CAPÍTULO XI

**(Phil Dugan, día 20, a las
24 horas 55
minutos).**

Las cinco puertas estaban frente a mí, al fondo, cerrando el pasillo, vi lo que ya viera en otra ocasión; la de acceso a la sala donde el difunto míster Murray guardaba sus antigüedades, donde asimismo guardaba una estatuilla en oro macizo representación de la divina diosa Siva.

Me detuve un momento para escuchar.

Nada, el silencio era absoluto, pero a pesar de ello llevé la mano a la funda sobaquera y saqué la automática. Con ella en la mano continué mi camino, tanteé más tarde la puerta y la empujé a continuación.

Desde el umbral encendí la luz y entré seguidamente.

No había nadie; nadie tampoco había tocado nada de lo que allí había; al parecer, según mi propia opinión, todo estaba exactamente igual que la última vez que estuve allí, excepto en una cosa; faltaba, lógicamente, el cadáver de Don Murray, aunque en el suelo había señales de tiza, dibujo imperfecto, un tanto burdo de su cuerpo, hecho indudablemente por uno de los policías que estuvieron allí a su debido tiempo con el teniente Benson.

Me acerqué a la vitrina y contemplé a la diosa.

Siva parecía sonreírme diabólicamente desde el otro lado del cristal, y los cráneos pelados, de cuencas vacías, desdentados también, parecían asimismo hacerme muecas desagradables una vez, y burlonas otras.

Me acerqué un poco más y tanteé el candado que la cerraba; unos segundos más tarde tenía una ganzúa en la mano, y otros tantos después, abría la vitrina.

La tomé en mis manos y la estuve contemplando detalladamente, ensimismado en mis propios pensamientos, fascinado también por su brutalidad, por el hado maligno que emanaba de ella, hasta que de repente el horrible grito que resonó en toda la casa me sobresaltó. El largo lamento se extinguió al cabo de unos segundos y luego, casi a continuación, como aquella vez, como aquella memorable vez para mí, oí gritar a Ambar...

Di la espalda a todo aquello, abandoné la sala de antigüedades y corrí por el pasillo hasta la escalera, hasta el arranque de la escalera, pistola en mano, y saltando de tres en tres los escalones alcancé el *hall* que también crucé.

Adivinando dónde se encontraba Ambar con Pool Kendall, me acerqué de un salto a la abierta puerta y me detuve a continuación, sujetándome al marco, con los ojos fijos ya en el espectáculo que se ofrecía a mis ojos.

Ambar estaba caída en el suelo, sobre la alfombra, enrollado el largo y elegante vestido que llevaba en torno a su cuerpo y un poco más allá, también en el suelo, casi retorcido, Kendall tenía las manos crispadas en su cuello, en postura casi igual a la que en una ocasión tuviera Ambar en la habitación de un motel, sujetando la cuerda de nudos enrollada también a su cuello.

Entré metiendo el arma en el bolsillo de la americana y me incliné sobre él, al darme cuenta de que Ambar sólo parecía desmayada, y le quité la cuerda del cuello.

Estaba vivo.

Igual que Ambar a la que deposité sobre el sofá, y por segunda vez me incliné sobre Kendall tratando de reanimarle.

Un cuarto de hora más tarde lo conseguía, cuando ya Ambar se encontraba sentada sobre el sofá, con los ojos desorbitados por el miedo, fijos en los míos, y sosteniendo en la mano el vaso de *whisky* que trataba de llevarse a los labios con manos que temblaban violentamente.

No sé el tiempo que permanecemos allí, en silencio, hasta que el propio Kendall lo rompió con voz ronca, entrecortada:

—Al... parecer —comentó—, le debo a usted la vida.

Hice un gesto que nada quería decir, y prosiguió con una pregunta:

—¿Vio al estrangulador?

—No —miré a Ambar que en aquel momento, de un sorbo, apuraba el *whisky*, y a mi vez pregunté—: ¿Cómo te encuentras?

Me lanzó una mirada asustada, se puso en pie temblando y pidió:

—Sácame de aquí, Phil. Ahora —hizo una ligera pausa y mientras me acercaba a ella inquirió—: ¿Has... has traído contigo a la...?

Hice una mueca.

—No. Se la llevaron, ¿sabes? Alguien la robó de ahí, de su vitrina.

No dijo nada mientras que a nuestro lado, Kendall, vacilando, daba media vuelta y se acercaba al teléfono; le vi levantar el auricular y entonces pregunté:

—¿Puedo saber qué intenta, míster Kendall?

—Llamar a la policía. Debemos denunciar el hecho. ¿O no?

—¿Para qué? Primero este teléfono no funciona —afirmé aun sin saberlo con seguridad—, y segunde que aquí no ha pasado nada. Se llevaron a la diosa y en realidad eso es lo que deseaban. Ahora ya no habrá más muertes.

Miré entonces a Ambar; mis palabras parecían haberla aliviado. También fue ella la que contestó:

—Phil lleva razón, querido —dijo—. Vámonos.

No objetó nada más, pero creí darme cuenta de que aquella precipitación no le gustaba.

Salimos, yo llevándola del brazo, y en el porche nos enfrentamos.

Kendall fue el que rompió el silencio diciendo:

—Llévela con usted, sabueso. Yo... iré en el otro coche.

No pronuncié una sola palabra en pro o en contra, pero llevé a Ambar al interior del que yo usaba.

Lo puse en marcha; delante de nosotros, Kendall, conduciendo el otro coche, pasaba por nuestro lado buscando la carretera.

Le seguí a prudencial distancia.

Viajábamos ya colina abajo cuando Ambar comentó:

—Se lo conté todo, Phil.

—¿Y...?

—Rompimos nuestro compromiso.

Callé.

Los segundos empezaron a transcurrir en silencio, que por segunda vez cortó Ambar.

—Phil, ¿qué crees que pasará ahora?

—¿Respecto a qué?

—A esa... esa estatuilla. Si la recuperaron los thugs, ¿quiere eso decir que yo estoy fuera de peligro, o que me atacarán nuevamente tratando así de terminar con su terrible venganza?

No sabía a ciencia cierta lo que contestar a aquello, y a pesar de todo respondí:

—Si vinieron buscándola se marcharán ahora que la tienen. Para ellos sólo cuenta una cosa, Ambar, su restitución al santuario o al templo donde la robaron, donde Siva fue profanada y a donde pertenece en realidad.

No me contestó.

Delante de nosotros, Kendall estaba haciendo señales para que le adelantáramos. No sé por qué lo hice, pero aceleré un poco; nos saludó con la mano al pasar, y luego de rebasarlo, Ambar preguntó:

—¿Por qué crees que ha hecho eso, Phil?

Me encogí levemente de hombros.

—Quizá le moleste el saber que vamos detrás, querida.

Sonrió.

Fue la primera vez que la vi sonreír en muchas horas; ahora estaba tranquila, el fantasma de Siva parecía haberse alejado de ella y me pregunté qué diría ella al saber que la estatuilla odiosa de la divinidad china o hindú estaba en mí poder, en el bolsillo de mi americana.

Su voz me sacó de mis pensamientos.

—¿De verdad no vas a decirle nada a la policía de lo ocurrido aquí esta noche?

—¿Para qué? —pregunté a mi vez—. No creo que al teniente Benson le interese mucho el que alguien se llevara a esa divinidad, aunque supongo que respirará aliviado cuando lo sepa. Pero sacarle de la cama para decírselo, no creo que le guste mucho.

Estábamos llegando.

Las primeras casas de la comunidad china aparecieron ante

nuestra vista y luego, quedaron atrás, y finalmente detuve el coche frente a la puerta de la casa de Ambar.

Detrás nuestro, Kendall hizo sonar el claxon y nos volvimos a mirar; pasó por nuestro lado sin disminuir la velocidad y se alejó rápidamente no sin antes dedicarnos un saludo, y entonces comprendí por qué en la carretera deseó que le adelantáramos.

A mi lado, oí susurrar a Ambar.

—Ha... ha sido mejor así, Phil.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Verás —respondió ella suavemente—, me hubiera resultado molesto y difícil decirle a él que iba a quedarme contigo esta noche, y supo adivinarlo. Nunca se lo agradeceré bastante.

No respondí.

Entramos a continuación en la casa y nos fuimos a dormir.

* * *

Eran exactamente las diez y veinte minutos cuando abandoné a Ambar y salí a la calle, sin decirle adónde iba, y tomé la dirección de la comunidad china.

Llamé del mismo modo que la vez anterior, o sea, tirando del cordón de seda, y ahora me sorprendió el hecho de que no fuera la mirilla la que se abriera ante mí, para formular la consabida pregunta de quién era y qué quería, sino la gran puerta, y Tse-kung quedó enmarcado en el umbral.

Su rostro era la misma máscara impasible de todo momento.

—Desea ver al honorable

King-Woo,

¿verdad? —preguntó.

—Sí, así es. ¿Puedo verle? El asunto que me trae ahora es mucho más importante que el anterior —dije.

Se apartó a un lado e inclinándose hizo ademán autorizándome con él a entrar, por lo que crucé el umbral.

Cerró la puerta, y con un nuevo gesto me acompañó hasta el arranque de la escalera.

—Encontrará al honorable

King-Woo

en el mismo lugar que la vez anterior.

Di las gracias y subí.

Desde el otro lado de la mesa sus ojillos vivaces parecieron taladrar hasta el más recóndito de mis pensamientos cuando me acerqué. Y fue el primero en romper el silencio:

—Siéntese, míster Dugan —dijo—, y diga a este indigno anciano qué le trae de nuevo a mi humilde morada.

—Antes quiero que vea esto.

Le miré atentamente cuando deposité sobre la mesa, frente a él, la estatuilla de oro, pero no pude advertir ni el más leve movimiento en sus ojos o en su rostro.

Seguía pues

King-Woo,

siendo la misma máscara impasible de siempre, de Buda.

La tomó en sus manos y tras examinarla detenidamente y por largo tiempo, en el transcurso del cual tomé asiento, clavó sus ojillos en mí.

—Es Kali, efectivamente. Una divinidad que por desgracia para él, míster Murray trajo desde la India, o quizá desde la propia China, y ellos dictaminaron que debía ser restituida.

Pensé rápidamente, hasta que decidido al fin, pregunté:

—¿Cree usted, honorable

King-Woo,

que efectivamente esa secta, la de los thugs, existe todavía?

—Eso no lo sabemos; nuestra sabiduría, entre otras la mía, no puede afirmarlo de un modo categórico, pero tenga en cuenta una cosa: las sectas, cualesquiera que sean, no mueren nunca. Permanecen dormidas incluso durante muchos años, y un día despiertan sin saber cómo ni por qué, y lo hacen con más virulencia que nunca. Usted mismo sabe que entre los negros de su país, existe el vudú; las leyes federales de los Estados Unidos lo prohíben y los negros lo saben, lo que no es óbice para que de vez en cuando se reúnan en lugares apartados, más o menos lejanos de sus habituales lugares de trabajo o vivienda, y se dediquen por entero a sus bailes lascivos y a sus rituales vudú.

—En ese caso...

—Espere; este humilde servidor suyo, míster Dugan, quiere añadir algo más a lo que le ha dicho —hizo una pausa en la que no

osé interrumpirle y añadió después—: Existe también otra posibilidad, la que ya apunté una vez; puede que nadie viniera a buscar esta estatuilla considerada como divina por esa secta, y que alguien esté tratando de vengarse por algo, o de matar por algún beneficio, por conseguir un beneficio por nosotros ignorado. Y ahora, ¿quiere decirme para qué me trajo a la diosa Siva aquí?

Sonreí.

—Usted es un hombre poderoso,
King-Woo

—respondí—, y tiene medios de los que yo carezco para devolverla a su lugar de procedencia.

—¿Por qué he de hacerlo? Míster Benson, el jefe de la policía local, también los tiene.

—Pero no es lo mismo —contradije—. Si se la entrego a él, es capaz de destruirla o en todo caso entregarla a cualquier museo histórico y si efectivamente los thugs son los que han venido a buscarla, cosa que me niego a creer en redondo en esta época, las cosas continuarían del mismo modo. Ellos actuarían de nuevo, dondequiera que Siva estuviese. Si por el contrario es destruida, el resultado sería el mismo. La secta jamás aceptaría esa destrucción, no creería en ella.

Pareció quedar pensativo, como luchando consigo mismo, y recordé entonces las palabras que oyera en labios de Ambar.

—Por otra parte —continué—, sé que ése es el deseo de *miss* Dawson. Ella cree en usted, honorable

King-Woo,

para que lleve a efecto esa restitución.

Aquello pareció decidirle.

—De acuerdo —dijo tras un breve silencio—; haré lo que pueda por devolverla a China.

Me puse en pie, pero él me indicó que esperara unos segundos.

—Si no tiene mucho que hacer, míster Dugan, hoy puede ser mi invitado de honor.

No rehusé.

Pavor con favor se paga, y aquel chino centenario me había hecho el más señalado que jamás nadie me hiciera en la vida.

Acepté pues.

Por otra parte también imperaba en mí el deseo de pasar unas

horas apartado de todo aquello, incluso de Ambar, y de la policía que seguramente desearía interrogarme con respecto a los dos muertos de la noche anterior.

Pero sobre todo en Ambar, que aún era para mí una incógnita.

Cuando por fin me vi nuevamente en la calle, las estrellas brillaban en el firmamento, pero no era muy tarde; las ocho y treinta y dos minutos según mi reloj.

Un motivo plausible, unos asesinatos que encubrían con el nombre de una diosa china o hindú, un verdadero motivo; un beneficio según las palabras del honorable

King-Woo;

alguien que se beneficiaba directamente con aquellas muertes, y me pregunté entonces, al llegar a aquella conclusión, quién se beneficiaría directamente aparte de la propia Ambar.

La respuesta era sencilla y me asombraba ahora al no haberme dado cuenta hasta aquel momento. No tenía prueba alguna, pero creía a mi juicio que tampoco hacía falta.

Unos asesinatos que no habían conducido a ninguna parte; unos asesinatos que si eran causa de lo que yo creía, ya no producían beneficio alguno, y todo a causa de la propia Ambar.

CAPÍTULO XII

**(Phil Dugan, día 21, a las
20 horas 34
minutos).**

Sólo cabía ya hacer una cosa, la lógica.

Empecé a andar; poco a poco las últimas casas de la comunidad china quedaron a mi espalda. Es decir; quedó por fin la última, y en aquel momento oí pasos detrás mío, pasos de pies desnudos.

Intenté volverme llevando la mano a la funda sobaquera, pero no pude. Algo me golpeó la nuca, mi cabeza pareció explotar de repente, y caí hacia adelante sin conocimiento.

Jamás supe cómo me trasladaron allí, pero tuvo que ser en un coche previamente preparado de antemano.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor, asombrado; no estaba tendido en parte alguna; me encontraba de pie, atado a lo que primero creí sería un poste, pero luego supe que no.

Aquello era una caverna, una gruta, o parte de ella. Casi circular, alumbrada de trecho en trecho por hachones de resina empotrados en las paredes y me pregunté si correspondería a la galería de una mina abandonada.

Luego, casi a continuación, les vi; eran cuatro, que desde una distancia no inferior a las setenta y cinco yardas me contemplaban en silencio. Se habían puesto en hilera, frente a mí, y vestían a la usanza de la vieja China, Sus túnicas, largas hasta los pies, las amplias mangas, las manos metidas en aquellas mangas, me hicieron comprender que si bien la diosa Siva no se encontraba en la caverna, ellos sí estaban allí, e iban a sacrificarme a la diosa, a su

divinidad.

El silencio era absoluto, el olor a resina impregnaba el ambiente.

Volví a mirar a mi alrededor, y entonces noté que tenía las manos atadas a una columna de piedra que parecía empotrada en el suelo, allí donde descansaban mis pies, y que había piedras a mi alrededor formando un círculo, y creí comprender.

Moví entonces las manos, y les miré otra vez.

Tres no se habían movido del lugar que ocupaban, pero el del centro, un chino corpulento, de edad indefinible, como casi todos ellos, se me estaba acercando.

Pero no traspasó el círculo de piedra; en las paredes, los hachones seguían chisporroteando.

—Queremos a la diosa, míster Dugan —dijo de pronto en casi perfecto inglés—. Díganos qué hizo con ella.

—¿Qué adelanto con hacerlo?

El chino guardó silencio por espacio de unos segundos.

—Bastante, si tiene en cuenta de que se está jugando la vida.

Sabía que mentía, que no era cierto, que tan pronto como dijera el lugar mi sacrificio empezaría, y en pleno siglo xx, lo que ya de por sí era todo un contraste sangriento si se quiere, pero contraste al fin.

—¿Y si rehúso?

—Escuche, míster Dugan, nuestra diosa fue profanada por un extranjero, y luego aquí, en los Estados Unidos, vuelta a profanar. Los hombres que lo hicieron han muerto ya. Ahora queda usted. Siva fue robada del lugar donde la depositó míster Murray, y sólo una persona pudo hacerlo; sólo una persona tenía un motivo para hacerla desaparecer; usted... usted que es un pagano, un no creyente, ¿comprende? Devuélvala y nos iremos.

—¿Y si no lo hago? —repetí.

—Va a morir, pero su muerte será horrible. Una muerte por el fuego; una muerte lenta, muy lenta. Tardará horas o días en hacerlo pero antes, cuando su cuerpo se convierta en una pura llaga, usted hablará. Por última vez, ¿dónde escondió a la diosa Siva? ¿Qué hizo de ella?

No contesté.

Sabía que hiciera lo que hiciese los estranguladores thugs que había frente a mí, guiados por su fanatismo, por sus creencias

sangrientas, por lo que otros les enseñaron cuando niños, habían dictado ya mi sentencia.

Pasaron unos segundos de silencio, otros más, un minuto quizá, y de un modo repentino, sin pronunciar palabra, el chino dio media vuelta y volviéndose, con aire majestuoso, como si diera principio a un ritual de milenios, se acercó a los otros tres.

No le oí, desde luego, pero tuvo que dar una orden porque casi al instante los tres se apartaron de él, y todos juntos, corriendo, desaparecieron de mi vista en la oscuridad que había más allá, y que no lograba desvanecer los encendidos hachones, para regresar al cabo de poco tiempo portando en sus manos brazadas de leña que depositaron a mi alrededor, siempre en silencio, siempre sin pronunciar palabra.

Dieron varios viajes, en idéntico silencio, y terminada su tarea regresaron frente al cabecilla, al que los mandaba, donde se colocaron en el mismo orden que estaban antes.

De pronto prorrumpieron a cantar.

No era un canto en sí, sino un rezo a la diosa Siva; una oración que fue creciendo y creciendo, a igual modo que crecía la modulación de la «llamada de Siva», llenándolo todo. Un rezo que hablaba de fe, de esperanza, que rogaba al mismo tiempo, que le pedía a la diosa que les concediera larga vida para poder honrarla siempre, que les pedía asimismo fuerza, valentía e inteligencia para derrotar a sus enemigos, a los profanadores de sus templos, que pedía ayuda para ellos y castigo infinito para los no creyentes, para los paganos a su culto.

Luego, poco a poco la intensidad del rezo, de la oración, fue decreciendo hasta convertirse casi en un murmullo, pero llevando en cada nota toda la violencia imaginable, todo el deseo de venganza, todo un sangriento ritual, que sin embargo, y por contraste, era sagrado para ellos.

Luego terminó, y el silencio me envolvió nuevamente.

Un silencio que no rompieron cuando los tres, dejando al cuarto impávido frente a mí, inmóvil, como convertido en piedra se acercaron a los hachones, desprendieron dos de las paredes mientras que el tercero desaparecía por el mismo lugar en que desaparecieran los tres, y al reunirse con ellos el primero, a los pocos minutos, llevaba en la mano algo parecido a un bidón de

gasolina.

Entonces se me acercaron, y ante mis ojos vi cómo aquel último derramaba el líquido por entre la leña, y comprendí lo que el otro me quiso decir.

El líquido era viscoso, grasiento, y era aquél el que ardería durante horas o días, lentamente, muy lentamente.

A continuación prendieron fuego a la leña.

El humo primero y las llamas después serpentearon por entre las ramas secas mientras ellos empezaban a retroceder, y entonces salté mientras que a mi espalda las cuerdas que sujetaron mis brazos y manos hasta entonces, quedaban rotas, colgando algunas de la piedra vertical en la que me ataron.

Los nudillos de mi puño derecho, el anular y el índice entraron en colisión con el pecho de uno de ellos a la altura del corazón mientras que el otro recibía en el bajo vientre la puntera de mi zapato derecho, y ambos cayeron en confuso montón, muy cerca de mí, muertos ya, cuando el tercero, cuchillo en mano, cargaba contra mí por la izquierda.

Le dejé llegar, tomé con mis dedos su muñeca armada, le atraje contra mí, y le golpeé a continuación con el antebrazo izquierdo en el centro de la cara que estalló frente a mí, en un surtidor de sangre, y rematé la obra con el canto de mi mano derecha en la yugular, en un golpe de karate que le hizo caer de rodillas, y luego, al suelo con el cuello roto.

Corrí tras el tercero, tras el cabecilla, no con el ánimo de alcanzarle, sino más bien con el de que me guiara hasta la salida de lo que yo conceptuaba como un laberinto.

No era así, lo comprendí apenas si alcancé el túnel o galería. Una hilera de hachones iluminaban mi camino mientras continuaba corriendo.

Doblé un recodo, y me cayó encima, sobre la espalda, vi frente a mis ojos la cuerda y los nudos, y le voltee sobre mi cabeza luego de que con ambas manos le agarré del cuello. Sus huesos crujieron contra la roca, y ya no esperé a averiguar si estaba o no muerto.

Salí al fin de allí; una explanada, unos pocos árboles, y un coche con las placas de California; un coche que asimismo tenía las llaves puestas.

Empuñé el volante luego de dar el arranque.

(Ambar Dawson, día 22, a las o horas 47 minutos).

Estaban llamando a la puerta, y me puse en pie, dejando a mi lado, en el sofá, la revista que estaba hojeando; entonces consulté el reloj.

Faltaban trece minutos para la una de la madrugada.

Tenía que ser Phil; era Phil, casi corrí hacia la puerta y la abrí; entonces quedé mirándole sorprendida, con los ojos muy abiertos, según creo, porque mirándome a su vez, enmarcado en el umbral, estaba Pool Kendall, el hombre al que creí amar siempre; el hombre con el que iba a contraer matrimonio, si no se hubiese cruzado en mi camino otro.

—¡Tú!

—Sí, claro —dijo suavemente—. No he tenido más remedio que venir a verte tan pronto como me enteré de la noticia. ¿Puedo pasar?

—¿Qué noticia? —inquirí, apartándome a un lado para que entrara.

Pool cruzó el umbral, empujó la puerta hacia atrás, encajando el pestillo, y entonces pregunté:

—¿Quieres una copa?

Me sonrió.

—Confieso que no me vendría mal —respondió luego—, pero tiene que ser ahora mismo, pues debemos marcharnos.

Contesté justo al llegar al *living* room, mirándole; a mi derecha quedaba el bar.

—¿Qué noticia? ¿Dónde tenemos que ir?

Le vi dudar; pesadumbre en sus ojos, en su gesto, y mi corazón dejó de latir durante unos segundos.

—Habla, Pool, ¿qué es lo que ha ocurrido? —insistí—. Acaso Phil...

Asintió con un leve movimiento, como si se sintiera incapaz ahora de pronunciar palabra.

—¿Es... es grave?

—Sí.

Y su voz era ronca.

Durante unos instantes me sentí incapaz de reaccionar, de contestarle, pero finalmente lo conseguí, y olvidada de la copa que le había ofrecido indiqué:

—Espérame un momento, Pool, nos vamos ahora mismo.

Y no quise preguntarle dónde, porque angustiada creía saberlo; el cadáver de Phil Dugan me estaba esperando en la Morgue.

Di media vuelta, lo recuerdo muy bien, sin esperar su respuesta, y corrí ahora hacia mi dormitorio, abrí el armario ropero, tomé el bolso, y me volví a mirarle.

Entonces lo supe todo.

Pool Kendall se encontraba en la puerta, bajo el marco, y tenía en las manos una de aquellas horribles cuerdas con nudos.

—No sé si seré capaz de hacerlo tan bien como un thug —declaró fríamente—, pero por probar no se pierde nada.

Empecé a temblar; mis manos no acertaban con el cierre del bolso donde estaba mi automática; por otra parte lo estaba viendo, le tenía ante mis ojos, había oído sus palabras, y no obstante casi no podía creerlo.

—Deja ese bolso, pequeña.

Dio un salto y me lo arrebató de las manos lanzándole después hacia un rincón del dormitorio.

Cuando se volvió a mirarme, me encontraba yo al otro lado de la cama, observándole con los ojos desorbitados, tanto por el terror que atenazaba mi garganta como por la sorpresa, por la incredulidad que sentía bien a mi pesar.

Al fin pude hablar.

—¿Tú... tú mataste a mi padre? —Más que una pregunta era una afirmación—. ¿Por qué, Pool? ¿Cómo pudiste hacer una cosa como ésa? ¡Y el pobre míster Murray...!

Entonces dijo una cosa que me hizo verdadero daño, más, mucho más daño que cualquier cosa que me dijeran jamás:

—¡Maldita esclava negra! ¿Crees acaso que cualquier hombre blanco se casaría contigo sin un motivo, sin un beneficio? Y para que lo sepas, yo no toqué a tu padre; yo no le maté, si bien induje a que alguien lo hiciera, ¿comprendes? El profanó un templo de Siva en China, y se trajo a una de sus representaciones divinas aquí, y yo lo supe. Necesariamente tenía que saberlo. Empecé a pensar,

cotejando, leyendo también, como ya las leí otras veces, todas las leyendas en torno a Siva, en torno también a Kali, preguntándome de paso si era cierto que existieron los thugs, si era cierto asimismo que esa secta había desaparecido del todo, borrada materialmente de la tierra, y ante la pregunta en sí surgió la duda en mi mente. Podía o no ser cierto, pero cabía una posibilidad; una y muy remota de que existiera aún si bien por temor a las leyes, a la policía y a todo lo que ha traído consigo la civilización, permanecían escondidos, exactamente como los negros que aún en nuestro país practican el vudú, y acerté, Ambar. Durante días y días, noche tras noche, deambulé por los alrededores de Shoshone, por los alrededores también de la comunidad china, buscando a algún forastero que no fuera americano ni europeo; un forastero de procedencia hindú o china, hasta que finalmente di con él. No me esforcé mucho; surgieron preguntas, respuestas, y conseguí la clave. Sólo le expliqué que había aquí un hombre que se dedicaba a las antigüedades y que últimamente había traído algo muy valioso de China. El resultado sabía yo que no se haría esperar, como así fue.

—Pero ¿por qué, Pool?

—Pongamos que estoy en la mina, Ambar, y que necesitaba tu fortuna. Por eso traté de seducirte por todos los medios y conseguí al fin que me aceptaras, pero la fortuna era de tu padre y no tuya; no toda era tuya, ¿comprendes? Y tu padre podía vivir aún muchos años. Muerto él, casada tú conmigo, el resultado ya puedes adivinarlo, pero tú misma con tu conducta hiciste imposible todo entre los dos. Ahora, Ambar, esto es el final, tú ya no eres para mí, no puedes serlo aunque yo estuviera dispuesto a olvidarlo todo, porque ya sabes demasiado. Ahora, Ambar —repitió—, los thugs, los estranguladores de la diosa Siva, serán los que habrán terminado contigo y no yo.

—Eso no van a creerlo, y tú lo sabes. La diosa les ha sido devuelta. Mejor dicho, ellos se la llevaron de la casona, y Phil Dugan lo sabe —terminé, sabiendo ya que me había mentido, que mi amante de una noche, de unas horas, estaba vivo.

—En eso te equivocas, Ambar —me respondió—, estoy por apostar contigo a que fue ese detective el que se la llevó, aprovechando que ambos nos encontrábamos juntos en el piso de abajo, y que estábamos dispuestos, por lo menos tú, a entregarle la

diosa Siva al honorable

King-Woo.

No habló más.

Avanzó un paso, luego otro, la cuerda de nudos en sus manos crispadas se movía como una serpiente; empezaba ahora a rodear la cama y aplasté mi cuerpo contra la pared que tenía a mi espalda, pero aquello no servía de nada.

Cerré los ojos y un grito surgió de mi garganta; un grito involuntario, agudo, un grito de socorro, de angustia también; un grito que se vio roto repentinamente por el estallido de cristales seguido de un sordo golpe.

Oí maldecir a Pool, y vi cómo retrocedía soltando la cuerda al suelo para a continuación llevarse la mano a la funda sobaquera. No tuve tiempo de volver a gritar, ni de moverme, ni de ver nada con claridad, sólo una sombra fugaz que parecía un gran pájaro, luego oí un crujido espeluznante de huesos, un gorgoteo, y vi a Pool Kendall, con el cuello torcido de modo inverosímil, caído a mis pies, muerto.

Tampoco tuve tiempo de decirle nada a Phil, pues se volvió en redondo haciendo brillar los cristales de la ventana que aún permanecían clavados en sus ropas, yendo hacia el teléfono.

Descolgó el auricular y marcó; le oí hablar, y luego, tan pronto terminó, se volvió a mirarme.

—¿Cómo... cómo lo has sabido?

—Pensando —me contestó—. Me preguntaba quién además de ti misma se beneficiaba directa o indirectamente de la muerte de tu padre y de míster Murray, hasta que llegué a la conclusión que sólo podía haber una persona; Pool Kendall, tu prometido. Su matrimonio contigo podía ser la clave.

No respondí, y aguardamos la llegada de la policía.

Phil se fue con ellos dejándome sola, espantosamente sola...

No pude regresar a la casa de Ambar hasta el día siguiente, sobre las diez y media de la mañana. Llamé, y ella apareció en el umbral.

—Pasa, Phil —dijo—, estás en tu casa.

Lo hice, y luego de que ella cerrara la puerta la precedí al interior, al *living room*, donde nos enfrentamos.

—Te marchas, ¿verdad? —me preguntó al instante.

—Sí, así es. No olvides que mi trabajo está en Las Vegas.

—Sí, claro.

—Pero no vine a despedirme de ti.

—¡Ah!, ¿no? —me preguntó asombrada.

—No. Vine a buscarte, Ambar, nos vamos juntos. Nos casaremos tan pronto como lleguemos a Las Vegas.

—Creo, Phil, que eso va a ser imposible.

—¿Por qué?

Dudó unos segundos Ambar, al cabo de los cuales respondió.

—Escucha, Phil, yo... no voy a casarme contigo. Somos distintos en todo, diferentes; lo somos hasta en el color de la piel.

—No me fijé nunca mucho en eso, muchacha, y tú lo sabes —repliqué.

—Sí, lo sé, pero luego, más tarde...

—Si vas a explicarme de nuevo lo que ya me explicaste una vez, olvídalo, Ambar —me acerqué a la puerta de salida y desde el umbral dije—: Piénsalo, pero no tardes mucho. El tiempo necesario para recoger el coche que alquilé aquí, del garaje donde lo guardo, y traerlo hasta la puerta, Después, una vez en Las Vegas, ya los devolveré.

No esperé su respuesta, y fui a donde le había dicho.

No tardé mucho en regresar; apenas cinco minutos, y no tuve necesidad de hacer sonar el claxon para avisarle de mi presencia. Ambar, con la blusa y la minifalda, el mismo tocado que llevaba puesto cuando la vi por primera vez en mi despacho, me esperaba en la calle, en la puerta de su casa.

Abrí la portezuela sin pronunciar palabra y del mismo modo ella subió al coche.

Nos fuimos en silencio.

Pensaba en el simulado ataque del thug a Kendall como otro punto a su favor, y que no obstante no le sirvió de nada.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.

Notas

[1] Rigurosamente cierto; en cualquier Diccionario Enciclopédico se puede hoy día incluso ver esta definición de la diosa Kali; la diosa del exterminio o de la venganza. < <